VICENTE COLORADO

TEATRO

Precedido
de una carta de D. Pedro Antonio de Alarcón
y
de una crítica de D. Manuel Cañete.

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Calle del Olmo, 4.—Teléf. 1.114
1897

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

INDICE

Páginas.

Carta de D. Pedro Antonio de Alarcón. 5
Crítica de D. Manuel Cañete.. 13
De carne y hueso, drama.. 31
Yo pecador, cuadro dramático.. 181

CARTA

DE

D. Pedro Antonio de Alarcon.

Sr. D. Vicente Colorado.

Mi estimado amigo y compañero: agradezco á usted muchísimo que me haya enviado su drama.

Ayer, en el campo, pasé dos horas deliciosas, saboreando tantas bellezas como contiene *De carne y hueso*, y lo primero que hago hoy por la mañana es escribir á usted los presentes renglones, según desea y según necesito, ya que me falta tiempo de ir á hablarle.

La obra de usted recuerda efectivamente á Ayala, y también á Ventura de la Vega. Está versificada con naturalidad, primor y riqueza; sin ripios, y sin piedras falsas, ó extemporáneo lirismo; con la facilidad de Bretón y sin sus inoportunas valentías en la ma; maravillosamente, en una palabra.

Habla usted siempre en castellano puro y

en *humano gramatical;* cosas éstas que van siendo rarísimas, aun en aquellos (omito nombres propios) neciamente llamados castizos, que escriben una jerga sin antecedentes filológicos, cuya *casta* sería imposible averiguar.

El diálogo magnífico; de maestro; como el de *El Hombre de mundo;* y es cuanto puede decirse.

Los personajes verdaderamente de *carne y hueso:* propios del arte: ni falsos, ni triviales: ni monstruosos, ni adocenados.

Los afectos, bien sentidos, interesan: los conflictos bien buscados, conmueven profundamente: la acción, viva, humana, rápida, naturalísima en su dramática complicación, apasiona y encadena al público, ó, cuando menos, al que lee en Valdemoro, debajo de un árbol lleno de pájaros en celo...

El desenlace... De esto hablaremos más despacio. No tengo hoy tiempo de explicarme suficientemente.

Diré tan solo, que, si el adulterio no se hubiera *consumado*, como resulta evidente, pero como no era *preciso*, el tiro habría estado demás y Andrés y Elena hubiesen que-

dado bien castigados con lo anteriormente ocurrido, el uno de su indiferencia, la otra de su vengativo despecho.

Pero, aun dadas las irremediables desdichas creadas por usted, el desenlace tiene un inconveniente, en sentido contrario; cual es, dejar sin resolver *el caso* entre Andrés y Carlos. Los problemas *secundarios* de una obra pueden quedar sin solución en el desenlace; pero los problemas *capitales* hay que resolverlos, aunque sólo sea en el orden lógico y como indeclinable consecuencia del *último estado de las cosas.*

Y en el drama de usted, el lector no puede adivinar quién murió después de caer el telón, si Carlos á manos de Andrés ó Andres á manos de Carlos...

En cambio, las *generosidades* de todos los personajes son sublimes en lo álgido del conflicto; están presentadas magistralmente; revelan gran conocimiento de las grandezas y también de las debilidades del alma humana, y ofrecen la verdadera *realidad* de nuestro ambiguo ser, donde siempre hay una lucha entre el animal y el ángel.

Felicito á usted con todo entusiasmo en

este punto; eso es saber explotar la cantera de las pasiones; los *realistas* modernos sólo explotan la parte animal.

No me gustan en el primer acto algunos pormenores que nada afectan al fondo y que podrían subsanarse con muy pocas palabras de más ó de menos, según los casos.

Por ejemplo: Elena debía ser más premiosa, ó menos *lisa*, para declarar á su hermana la pasión por Carlos, y Emilia debía oir la revelación con más susto y vergüenza...

Antes hay un *aparte* de Emilia «*(¡Dios mío!)*» cuando Enrique le indica por primera vez sus celos respecto de Carlos, que induce á confusión; pues pasa uno dos escenas creyendo que hay algo real en el asunto; esto es, que Carlos quiere á las dos hermanas, ó que las dos lo quieren á él.

Por último: el marido va demasiado lejos en su idea de que Elena sólo piensa en diamantes; quiero decir, que la rebaja mucho, dado el modo de expresar el ansia de ésta por poseerlos. El recurso es bueno; pero está mal tratado.

Bastaría, pues, quitar algunas palabras impropias del respeto de Andrés al carác-

ter de una esposa, á quien sólida, formal y seriamente ama. Si la creyera capaz de estar triste y enojada, y hasta grosera, por codicia de un aderezo tan rico, Andrés no la amaría, sino que la despreciaría justísimamente. Debe suponerlo un capricho de amor propio, de vanidad fundada en cualquier emulación, algo noble... en fin, usted me entiende.

Pero, repito que estas son pequeñeces accidentales al lado de las grandes cualidades de la obra, como pensamiento, acción, caracteres, diálogo, estilo, versificación y demás.

Escriba usted muchos dramas, y, si puede *desenlazarlos sin sangre*, ¡mejor!

¡Busquemos y ofrezcamos á la sociedad, remedios y transacciones; no recursos de amputación y castigo!

Si *De carne y hueso* hubiera terminado como comedia, figuraría entre *El hombre de mundo* y *El tejado de vidrio*. Créalo usted, compañero.

Y perdone los atrevimientos de esta carta á un viejo que no está seguro, ni mucho menos, de acertar en sus juicios; perdone también los borrones (pues no tengo tiempo

de copiar unas líneas escritas á escape); vea en todo ello el cariño que tan pronto he tomado á usted y la estimación que ya tenía á su talento, y que el drama susodicho ha centuplicado, y disponga como guste de su afectísimo amigo,

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

Valdemoro, 12 de Mayo de 1884.

CRITICA

DE

D. Manuel Cañete.

LOS TEATROS

La desagradable circunstancia de no hallarme bien de salud me impidió asistir al estreno de la primera obra original de cierta importancia que se ha representado en el Teatro Español desde que dió principio esta temporada cómica. Se titula *De carne y hueso* y con ella ha inaugurado su carrera de autor dramático el joven poeta D. Vicente Colorado, conocido ya ventajosamente por otra clase de producciones, y por su habilidad de polemista, en academias y ateneos.

Como no he podido ver en escena dicha obra ignoro hasta qué punto el modo de representarla haya podido influir en el éxito que ha tenido. Pero después de leerla atentamente para formar juicio acerca de sus especiales condiciones y decir algo de ellas en este lugar, no puedo menos de reconocer que,

á pesar de la benévola predisposición de que aparecen animados en favor del drama todos cuantos lo han juzgado en los periódicos, su dictamen peca tal vez de demasiado severo. Pensando razonablemente, no se puede ni se debe exigir en las obras de un autor novel lo mismo que en las de ingenios ya experimentados y curtidos en el conocimiento y ejercicio de los recursos del arte. Y sin embargo, la obra del Sr. Colorado, aunque revele más de una vez la inexperiencia teatral del poeta (en lo cual se ha insistido mucho al hacer alardes de tratarla con cierta indulgente conmiseración), no vale menos en el fondo y en la forma, ni siquiera en la estructura y desarrollo escénico de la fábula, que otras de la misma índole muy aplaudidas en el teatro y celebradas en la prensa con grandes encarecimientos.

Permítaseme decir que estimo esta opinión mía tanto más imparcial y desinteresada, cuanto que apenas he tenido el gusto de tratar al autor de la obra en cuestión, y, por lo que sé de sus opiniones, estoy á cien leguas de compartirlas. Pienso, no obstante, que quien ha comenzado á manifestar sus felices

dotes escénicas de la manera que se advierte en el drama titulado *De carne y hueso;* dadas las corrientes del gusto que priva en parte del público y de la crítica militante, y atendido el aplauso que se tributa á otros autores que siguen el mismo rumbo (tan equivocados en lo esencial, y tan distante de lo que piden la representación artística de la realidad humana y el profundo estudio de las costumbres sociales), merecía, no ya más indulgencia, sino mayor consideración y juicio más equitativo.

Que la obra del Sr. Colorado tiene grandes defectos, sobre todo en la manera de concebir y desarrollar el carácter y las pasiones de los personajes que intervienen en la acción, cosa es que no admite la menor duda. Pero esta falta capital del drama es tanto menos imputable al joven poeta, cuanto más se encuentra disculpada, y hasta canonizada por los mismos que se la censuran, en poemas escénicos de autores que indudablemente le han servido de modelo. Este es uno de los muchos inconvenientes que lleva consigo el aplaudir y encomiar sin tasa lo que á todas luces está fuera de las condiciones propias de

la verdad y de la belleza artística. Y á fe que si alguien tiene derecho de arrojar la primera piedra al desdichado autor novel que así paga tributo á las peculiares condiciones del bastardo realismo que se alimenta de exageraciones y falsedades, no es, ciertamente, ninguno de aquellos que las han sublimado y encarecido al hablar de determinadas obras dramáticas de afamados ingenios, induciendo á error á los incautos y estimulándolos indirectamente á penetrar en sendero tan pernicioso.

No quiero hacer comparaciones, porque no trato de disgustar ni menos aún de mortificar á nadie hiriéndole en su amor propio. Pero me duele que haya tan poca indulgencia con los defectos de un principiante en quien se descubren desde luego dotes á propósito para sobresalir en el cultivo de la literatura dramática, y que no haya habido igual severidad con autores célebres; antes bien se han aplaudido como peregrinas bellezas imperfecciones de la misma ó de peor índole que las del drama del Sr. Colorado, en aquellos que tales aplausos y encomios le han hecho tomar por maestros, y cuyo mal

ejemplo ha contribuído á extraviarle. Paréceme, pues, muy reprensible que los que aspiran á encaminar y dirigir la opinión con arreglo á su leal saber y entender, colocándose decididamente en el punto de mira especial de las doctrinas ú opiniones que profesan, no guarden consecuencia con sus principios, tengan distintos raseros para medir el valor de una misma cosa, según sean debidas á la pluma de unos ú otros escritores. El que voluntariamente, con títulos ó sin títulos que le abonen, se constituye á la faz del mundo en juez del mérito ajeno, debe no ceder á injustas preferencias que arguyen acepción de personas y que redundan en menoscabo de la crítica, dando margen á que no se la tenga por sincera ni por desapasionada.

Alguien ha dicho, al hablar de la inexperiencia teatral del Sr. Colorado y de las privativas condiciones de su obra, que hasta en los menores incidentes del desarrollo del drama «aparece el hombre que, viviendo siempre entre libros, sólo en ellos aprendió la vida, las pasiones y los dramas sociales». Esta proposición (bien ó mal formulada, que eso no es

del caso) me parece que encierra cierta exactitud. Si el poeta se hubiese inspirado directamente en lo que pasa en el mundo; si hubiera estudiado los varios accidentes de la naturaleza humana en ella misma, y no la hubiese contemplado á través de la engañosa expresión de la realidad que prevalece en comedias, novelas ó dramas que ahora se aplauden (y que serán tan famosos como se quiera, pero aún más falsos que famosos), estoy seguro de que su claro talento habría sabido interpretarla con más verdad, y sobre todo con mayor encanto y belleza. Porque, bien mirado, aun en los yerros más visibles ó más radicales del drama en cuestión hay algo que deja entrever la capacidad del autor para retratar fielmente pasiones y caracteres humanos, y hasta qué punto ponen grillos á su inspiración las deplorables ideas en que estriba el fundamento de la extraña moral que desenvuelve, ó las preocupaciones de que se ha hecho esclavo por el ciego amor de una escuela literaria enfermiza desde la cuna, condenada irremisiblemente á vida efímera é ingloriosa.

No me cansaré de repetirlo, porque me

apena ver á jóvenes de disposición y de mérito engolfados en piélago tan obscuro: los vicios en que incurre la primera producción dramática del señor Colorado, más que de la ingénita calidad de su imaginativa y de la índole de su ingenio, provienen de la funesta escuela que sigue, contagiado por la especial atmósfera que respira, deslumbrado por la fosfórica brillantez de triunfos teatrales tan ruidosos como pasajeros, y de encarecimientos tan excesivos como infundados. A tiempo está de abandonar ese mal camino en que han sido más afortunados que él (aunque le hayan halagado momentáneamente los aplausos que recibió en el estreno de su drama) escritores que no le exceden en facultades poéticas. Persuádase de que el teatro no es terreno á propósito para ventilar cuestiones trascendentales de filosofía moral ó social, interesantísimas, si se quiere, para debates académicos ó para pesadas y resueltas en asambleas legislativas, pero fatigosas y hasta enojosas para los que buscan esparcimiento y deleite en representaciones escénicas.

El objeto principal del arte dramático, de ual modo que el de las demás bellas artes,

se cifra en realizar belleza, y en realizarla de suerte que nos interese y conmueva á todos, causando viva impresión en el ánimo por medios naturales que al mismo tiempo sean artísticos. No excluye lo trascendental ni lo filosófico; pero ha de ser arte más que nada. Campo neutral donde sólo arraigan y florecen plantas nacidas en el verjel de la verdadera poesía, el teatro repugna la sequedad y rigidez de las abstracciones ideales, cuando no se encarnan con habilidad prodigiosa, rarísima siempre, en seres dotados de vida real y engendrados en las entrañas de la madre naturaleza. En ella es donde el poeta dramático debe amamantar su inspiración, si ha de merecer glorioso y duradero renombre; no empeñándose en resolver *problemas*, y menos aún esforzándose por resolverlos de un modo contrario á las eternas leyes de la moral y á los sentimientos ó creencias de la inmensa mayoría del público.

La tésis que el Sr. Colorado plantea en su drama, y á que procura dar solución en armonía con las ideas que hoy bullen en el cerebro de algunas gentes, por virtud de la nociva educación intelectual y moral que reciben,

se compendia en el siguiente diálogo del primer acto. *Elena*, esposa de *Andrés*, se expresa de esta manera:

«Esa social podredumbre,
de la que ya por costumbre
soléis todos maldecir,
no es producto de novelas
ni de autores que describen
la sociedad en que viven,
como tú mismo recelas.»

Á lo cual replica el marido:

«Y, ¿qué *causa* puede haber
que así arrastre al deshonor?»

El diálogo continúa en estos términos:

Elena.

«*Sed infinita de amor,*
querer, y siempre querer.
Cuando en nuestro propio techo
nadie á *tanto amor* responde,
tímido entonces se esconde
el amor dentro del pecho;
hasta que por fin se llena
y desbordado rebasa,
y, no hallando dique en casa,
corre á esparcirse en la ajena.

Andrés.

¿Así se rompen deberes
y santas obligaciones?

Elena.

Así arrastran las pasiones
y el amor á las mujeres.

¿Por qué el hombre, que ha enseñado
por vez primera á querer
cuando niña á la mujer,
no es fiel al amor jurado?
De amante, ¡con qué vehemencia
nos persigue loco y ciego!
¡con qué apasionado fuego
cautiva nuestra inocencia!
Galante, atento, celoso,
por la mujer preferida
diera entonces alma y vida
su corazón generoso.
Pero, ya casado, el hombre,
egoísta, á amar empieza,
si es avaro, la riqueza,
si es ambicioso, su nombre.
Ya no hay amor, ya no hay ocios
para la infeliz esposa;
ya no vive, no reposa,
engolfado en los negocios.
Entonces es comerciante,
militar, médico, artista,
abogado, periodista...
¡todo, en fin, menos amante!
¡Ahora, dime si, *en rigor,*
tan *injusto proceder*
no es quien lanza á la mujer
en brazos del deshonor!»

Sentadas estas premisas, no es difícil adivinar cuáles serán las consecuencias. *Elena*, empeñada en que su marido no la quiere, porque no está siempre á su lado arrullándola con amorosas protestas, se obstina en darse

á Barrabás, y se sale con la suya. Tal es el fundamento de la acción en el drama titulado *De carne y hueso.*

El pensamiento capital que lo anima, el fin á que se dirige, por caminos tal vez menos enmarañados y tortuosos que los de otras obras muy aplaudidas en los teatros y encomiadísimas por escritores que han encontrado en ellas hermosas y admirables las mismas fealdades ó equivocaciones que en *De carne y hueso* les han hecho efecto de inepcias dignas de censura, es á mis ojos muy censurable; pero acaso no debiera serlo tanto para los que se glorían de compartir las opiniones y creencias del autor del drama.

Error fundamental es, sin duda, en autores modernos propios y extraños, y error de que por lo visto participa también el Sr. Colorado, suponer que la falta y el delito ajenos, cuando contrarían de algún modo nuestras pasiones, intereses ó caprichos, nos autorizan, como consecuencia lógica ineludible, á faltar y á delinquir. Esta teoría, según la cual el verdadero regulador y árbitro juez

las acciones del hombre no es otro que

voluntad propia, aunque ésta proceda im-

pulsada exclusivamente por desvaríos de la pasión ó por ceguedad del entendimiento, es tan anárquica y desastrosa como falsa y reprensible. Principio tan absurdo y de trascendencia tan corruptora equivaldría á la absoluta negación del más hermoso atributo del sér humano, que consiste en la facultad de discernir el mal y el bien y de poder escoger uno ú otro, mediante el dón de conocimiento y la libertad del albedrío. Si estos son los progresos que nos tienen reservados el arte y la ciencia que aspiran actualmente á regenerar el mundo, valiera más, muchísimo más, que no progresaran.

Encaminado el drama *De carne y hueso* á poner de bulto la validez de semejante principio, encarnado, por decirlo así, en la protagonista de la fábula, natural era que no acertase á conmover ni á interesar verdaderamente á los espectadores, á pesar de los apasionados contrastes y de las terribles situaciones acumuladas por el poeta. Este vicio de falsedad esencial no podía menos de trascender á los elementos constitutivos de la obra y de reflejarse en muchos de sus pormenores. Para hacer más visible el fin á que

tira el pensamiento que se propone inculcar, el autor convierte á los personajes que crea en entes de razón que se mueven á compás de lo que ha creído necesario para manifestar bien su idea, antes que en hombres estrictamente ajustados á las leyes porque debieran regirse sus caracteres y pasiones, según la índole y temperamento de cada cual, en los varios accidentes de la vida. De aquí lo antinatural y monstruoso del carácter de *Elena*, cuya sed de amor se determina de un modo imposible en la realidad humana. De aquí la inexplicable y persistente abnegación de su hermana *Emilia*, cuyo heroísmo sería digno de admiración, si estuviera justificado y no propendiese á encubrir un crimen de adulterio que de otro modo habría sido facilísimo evitar, dado que la insensatez con que *Elena* se empeña en que la frialdad de su marido la autoriza para entregarse por despique á otro hombre, carece de fundamento. De aquí también los defectos análogos que se advierten en el carácter de los demás interlocutores, sobre todo en el de *Carlos*, íntimo amigo de *Andrés* y amante favorecido de la infiel esposa.

Como lo falso carece del hechizo que lleva en sí lo verdadero, y por lo tanto á nadie interesa ni persuade, las bellezas de expresión que esmaltan la obra, los felices pensamientos que en ella abundan y la gallarda versificación que por punto general la realza, habrían producido en el teatro muy gran efecto si hubiesen partido de base más sólida y atractiva; si en vez de buscar el efecto á favor de lo gigantesco y declamatorio (como se ha hecho ya costumbre en la mayoría de nuestros autores dramáticos), hubiese procurado obtenerlo mediante la sincera expresión de los sentimientos é ideas que se derivan sencilla y naturalmente de la verdad de los caracteres y de las pasiones. A esto podrá objetarme el Sr. Colorado que un trozo declamatorio, brillante sin duda ninguna, pero contrario al verdadero lenguaje de la pasión y á lo que siente y piensa el alma que lucha entre la inclinación y el deber, es precisamente quien le ha salvado de naufragar en la escena. Razón tendrá para decirlo. Pero que el público se deje arrastrar por lo que á primera vista deslumbra y puede parecer grandioso, no es razón bastante para que la

crítica imparcial canonice lo que á sus ojos será siempre defectuoso y de mal gusto.

En resolución, la primera obra dramática del Sr. Colorado no parece de un principiante, ni por la economía del plan, ni por la graduación de las escenas, ni por el giro y corte del diálogo, ni por otras varias condiciones. Su flaco principal consiste en haberse propuesto el autor, como se ha dicho en son de elogio, algo que saliese de los *moldes comunes* y luchase «contra formas del sentimiento que él, en su espíritu, condena, y que la sociedad, por su parte, profesa y defiende.» Por grandes que sean el ingenio de un poeta, su imaginación y facultades, cuando la noble aspiración de no aparecer vulgar le lleve á herir de frente los sentimientos y creencias de la sociedad á quien se dirige, quedará siempre vencido en la lucha; máxime si lo que esa sociedad siente y cree es lo verdadero, y el que se arroja á combatirlo anda extraviado en selvas obscuras, en las que puede insensiblemente hallar precipicios donde caiga y encuentre su perdición.

MANUEL CAÑETE

Madrid 15 de Diciembre de 1883.

De carne y hueso.

DRAMA ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN VERSO

Estrenado en el Teatro Español el dia 21
de Noviembre de 1883

PERSONAJES.	ACTORES.
ELENA, hermana de.	LUISA CALDERÓN.
EMILIA.	SOFÍA ALVERÁ.
CARLOS.	ALFEDO MAZA.
ANDRÉS, marido de Elena,	FERNANDO ALTARRIBA
ENRIQUE, novio de Emilia.	JUAN BALAGUER.

Andrés representa y tiene más edad que todos los demás personajes.

Epoca actual.

Sr. D. Urbano González Serrano:

Hace ya muchos años que, esta mi primera producción dramática, se leyó de sobremesa en un almuerzo que usted organizó, y con el cual me honraron D. Nicolás Salmerón, que nos presidía, Rafael Calvo, que aquella misma temporada emprendió su viaje á América, Eugenio Sellés, y otros amigos no menos queridos para mí.

En recuerdo de aquella fiesta literaria dediqué á usted este drama cuando se representó; y hoy, que se vuelve á imprimir, me complazco en consignar que, no obstante los años transcurridos y nuestras diferencias políticas, mi amistad por usted es la misma de siempre.

Suyo afectísimo,

V. Colorado.

ACTO PRIMERO

Gabinete lujosamente amueblado en casa de Andrés. Puerta al foro que da al exterior de la casa; dos laterales á la derecha del público, la del primer término conduce á las habitaciones de Elena, la del segundo al despacho de Andrés; otras dos puertas laterales á la izquierda del público, la del primer término da paso á las habitaciones de Emilia, la del segundo al interior de la casa. A la izquierda, entre un diván y una butaca, un velador sobre el que hay periódicos políticos y de modas, ilustraciones y libros; á la derecha otro semejante con labores de adorno. Grandes espejos, candelabros, flores, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

ELENA, EMILIA, ANDRÉS y ENRIQUE

Elena, sentada en la butaca inmediata al velador de la izquierda, hojea un libro, y Andrés en el centro de la escena lee un periódico. Emilia y Enrique á la derecha, la primera bordando y el segundo mirándola atentamente. Después de levantarse el telón hay una pausa.

Elena.

(Sonriendo y dejando la lectura.)

¡Qué atrevimiento! ¡qué audacia!
¿será posible?

Enrique.

¿Qué? Elena.

Elena.

La verdad es que la escena
tiene muchísima gracia,

Enrique.

¿Es una escena...?

Elena.

¡Sí tal!
una escena deliciosa.
Daría yo cualquier cosa
por ver el original.

Enrique.

Y, ¿qué es ello?

Elena.

Un cierto amante
que, amargado por la idea
de que su amada le sea
con su marido inconstante,
á todo al fin decidido
para calmar sus desvelos...

Enrique.

Se mata.

Elena.

(Riendo.) No; pide celos
de su pasión al marido.

Andrés.

Y, ¿te ríes?

Elena.

Ciertamente.

Andrés.

Tales libros...

Enrique.

Son de moda.

Andrés.

Así se enfanga y enloda,
la sociedad, jovialmente.

Elena.

(Remedando la gravedad de su marido.)
¡No te pones poco serio!

Andrés.

El horror no disimula.
Y, ese libro, ¿se titula?

Elena.

Los dramas del adulterio.

Andrés.

¡Qué mucho que esa moral
produzca diariamente
mil casos como el siguiente
que leo en *El Imparcial!*
(Leyendo.) «Después de ausencia forzosa
»volvía á esta corte ayer
»anhelando sorprender
»leal esposo á su esposa;

»y, en efecto, sorprendida
»en adúltero trasporte,
»á manos de su consorte
»perdió la infeliz la vida.
»El juzgado ha practicado
»las primeras diligencias...»
(Dejando de leer.) Etcétera. Consecuencias
de la escena que has contado.

Elena.

Y ese marido cruel,
al proceder de ese modo,
¿no vió que quizá de todo
la única causa era él?

Andrés.

¿Qué es lo que quieres decir?

Elena.

Que esa social podredumbre,
de la que ya por costumbre
soleis todos maldecir,
no es producto de novelas
ni de autores que describen
la sociedad en que viven,
como tú mismo recelas.

Andrés.

Y, ¿qué causa puede haber
que así arrastre al deshonor?

Elena.

Sed infinita de amor;
querer, y siempre querer.
Cuando en nuestro propio techo
nadie á tanto amor responde,
tímido entonces se esconde
el amor dentro del pecho;
hasta que por fin se llena
y desbordado rebasa,
y, no hallando dique en casa,
corre á esparcirse en la ajena.

Andrés.

¿Así se rompen deberes
y santas obligaciones?

Elena.

Así arrastran las pasiones
y el amor á las mujeres.
¿Por qué el hombre, que ha enseñado
por vez primera á querer
cuando niña á la mujer,
no es fiel al amor jurado?
De amante, ¡con qué vehemencia
nos persigue loco y ciego!
¡con qué apasionado fuego
cautiva nuestra inocencia!
Galante, atento, celoso,
por la mujer preferida

diera entonces alma y vida
su corazón generoso.
Pero ya casado, el hombre,
egoísta, á amar empieza
si es avaro, la riqueza,
si es ambicioso, su nombre.
Ya no hay amor, ya no hay ocios
para la infeliz esposa;
ya no vive, no reposa
engolfado en los negocios.
Entonces es comerciante,
militar, médico, artista,
abogado, periodista...
¡todo en fin, menos amante!
¡Ahora, dime si en rigor
tan injusto proceder
no es quien lanza á la mujer
en brazos del deshonor!
No sea al amor, quien quiera
ser amado, indiferente;
y que ame constantemente
como amó la vez primera.

Emilia.

No ama bien quien olvidado
olvida, no; la pasión
no le dice al corazón
ama porque eres amado.
Alma que adora rendida,

extraña á todo egoísmo,
ama constante y lo mismo
sea ó no correspondida.

Elena.

No me sorprende en verdad
que eso digas y eso creas,
porque al fin tales ideas
son muy propias de tu edad.
Lo mismo decimos todas,
de igual manera pensamos
cuando, como tú, aguardamos
impacientes nuestras bodas.
Pero al fin te casarás,
y entonces, si el que rendido
hoy te adora es un marido...
como todos los demás,
—perdóneme usted, Enrique,
la libertad que me tomo,—
irás, sin que sepas cómo,
con tus ideas á pique.

(Andrés y Elena siguen leyendo; Emilia y Enrique dialogan aparte.)

Emilia.

No hagas caso; aunque de mí
llegues á olvidarte...

Enrique.

No.

Emilia.

Pero aunque así fuese, yo
no me olvidaré de ti.

Enrique.

¿De veras me quieres?

Emilia.

Mucho;
¿puedes dudarlo?

Enrique.

¡Quién sabe!
¡en alma de mujer cabe
tanta mudanza!

Emilia.

¡Qué escucho!
¿es posible que de mí
eso pienses?

Enrique.

Aunque muda,
hace tiempo que una duda
insaciable llevo aquí.

Emilia.

Te ruego, por Dios, que acabes
y me digas...

Enrique.

Eso quiero.
Que tú eres mi amor primero,

mi único amor, bien lo sabes.
Pero no siente mi pecho
por ti ese amor apacible,
que dentro de lo posible
feliz vive y satisfecho.
Así te amé; pero, ahora,
mi corazón, amargado
por el temor, lacerado
por la sospecha traidora,
ya es furiosa tempestad,
es desbordado torrente
que ofusca y ciega la mente
y arrastra la voluntad.
Dudo... temo... desconfío...

Emilia.

Y, ¿por qué tales recelos?

Enrique.

Tengo celos.

Emilia.

¡Tienes celos!
¿de quién?

Enrique.

De Carlos.

Emilia.

(Ap.) (¡Dios mío!)

Andrés.

(Tira el periódico sobre el velador, y sin abandonar su asiento, dice dirigiéndose á Enrique.)

¿Vamos, Enrique?

Enrique.

(A Emilia sin oir á Andrés.) Esta idea
roba á mi pecho la calma.

Andrés.

(Levantándose y dirigiéndose hacia donde está Enrique, quien ni le oye ni ve.)
¿Estás sordo?

Enrique.

(A Emilia.) Y de mi alma
y vida se enseñorea.

Emilia.

A Enrique.) ¿Ya en mi cariño no tienes
confianza?

Enrique.

Eso deseo;
mas, siempre que á Carlos veo...

Andrés.

(Golpeando á Enrique en el hombro)
Pero, ¿vienes ó no vienes?

Enrique.

¡Eh!... ¿qué dices?

Andrés.

No te asustes,
soy yo. Si habéis terminado
de charlar...

Enrique.

Por acabado.

Andrés.

Nos iremos.

Enrique.

Cuando gustes.

Andrés.

(Se acerca á Emilia á quien dice bromeando.)
¿Habéis rifado?

Emilia.

No tal.

Andrés.

¿Qué ha pasado?

Emilia.

Nada.

Andrés.

¿Nada?
(Dirigiéndose á Enrique en el mismo tono de broma.)
Para fingir mi cuñada.

Enrique.

(Alarmado.) ¿De veras?

Andrés.

No tiene igual.

Enrique.

(Ap.) (¿Si Andrés sabrá?)

Andrés.

No seas tonto,
chico, no te hagas de miel.

Elena.

(Irónicamente.) Sí, sea usted como él.

Andrés.

Yo fuí así, mas cambié pronto.
El amor no tiene seso.

Elena.

(Con amargura.) La indiferencia tampoco.

Andrés.

Ya verás dentro de poco
cómo se pasa todo eso.

(Enrique y Andrés se disponen á salir. Emilia se levanta y se dirige á Enrique con quien dialoga aparte.)

Emilia.

¿Volverás pronto?

Enrique.

En seguida.

Emilia.

No tardes, por Dios.

Enrique.

No tardo.

Emilia.

No te olvides de que aguardo
con impaciencia.

Enrique.

Descuida.

Adiós, Elena.

Elena.

Hasta luego;
porque usted no tardará.

(Emilia acompaña á Enrique hasta la puerta del foro.)

Andrés.

(Con malicia.) De fijo.

Enrique.

(Ap., por Emilia.) (¿Me engañará?)

Emilia.

(Ap.) (¡Qué hacer, Dios mío!)

Elena.

(Ap., por Andrés.) (¡Está ciego!)

ESCENA II

ELENA y EMILIA

Elena.

(Pasándose el pañuelo por los ojos.)

¡Ni ser comprendido alcanza
mi corazón!

Emilia.

(Baja del foro y se une á su hermana.)

¿Lloras?

Elena.

Sí!

Emilia.

¿Por qué?

Elena.

Porque para mí
no hay afecto ni esperanza.

Emilia.

No digas eso.

Elena.

Y, ¿por qué
he de ocultar lo que siento?
harto espacio el sentimiento
de mi alma aprisioné.
Tú eres de mi mal testigo,
de mi menguada fortuna
¡cuántas veces una á una
mis desventuras te digo!
Tú eras joven todavía;
nuestro padre, moribundo,
iba á abandonar el mundo
tras de penosa agonía.
A un tiempo junto á su lecho,
al darnos su último adiós,
nos abrazaba á las dos,
llorando, contra su pecho.

Emilia.

¡Padre mío!

Elena.

Sin piedad

iba por siempre, cruel,
á separarnos de él
bien pronto la eternidad.
¿Recuerdas?... Después de largo
suspiro, que parecía
que á la vida renacía
tras espantoso letargo,
—«Hijas mías, —murmuró,
—ya la muerte me arrebata,
ya Dios el lazo desata
que en el mundo nos unió.
No morir, que es descansar,
sólo siento abandonaros,
partir yo solo y dejaros
en este profundo mar
cenagoso y sin medida;
¡abandonadas y solas,
dónde os llevarán las olas
inconstantes de la vida!»
¿Recuerdas? A ajenas manos
fuímos de obscuros parientes,
para su bien diligentes,
con nosotras inhumanos.
Víctima nuestra inocencia
de su insaciable codicia,
entre el dolo y la avaricia
pasamos nuestra existencia.
¡Oh, qué vida!... ¡qué tormento!...

¡cuántas lágrimas y cuántas
desdichas! ¡no puede tantas
abarcar el pensamiento!
Entonces fué cuando á Andrés
por vez primera le ví;
pidió mi mano, le dí
mi corazón... y, ya ves,
si amante me amó rendido,
esposo ya me ha olvidado;
¿por qué el bien que es codiciado
se desprecia poseído?

Emilia.

No hagas por Dios padecer
tu corazón de ese modo.

Elena.

¡Todo lo he perdido, todo!

Emilia.

Aún dichosa puedes ser;
todavía Andrés...

Elena.

No espero
de su corazón ya nada.
Como esposa enamorada
pensé rendirle primero;
¡inútil fué mi porfía,
estrellóse mi pasión
tenaz contra su razón

aun más ciega todavía!
— Pues este fuego no enciende
su alma, me dije, quizá
su razón comprenderá
lo que su amor no comprende; —
y habló con rara elocuencia
voz de fuego el amor mío,
pero pudo más el frío
de su ciega indiferencia.
Ante tal tenacidad,
herirle quise en la fibra
que siempre responde y vibra
á todo, la vanidad.
Darle celos intenté,
y, queriendo despertarlos
en su corazón, en Carlos,
desventurada, pensé.
Pensé en él, sin sospechar
que pudiera una pasión
fingida en el corazón
tan de veras arraigar.
Y hoy el amor y el deber
al par me gritan, y lucho;
¡mucho puedes, amor, mucho,
pues no te puedo vencer!

Emilia.

¿Qué dices?

Elena.

¡Ay! este anhelo
me arrastra, me desvanece
cuando á mis ansias ofrece
todas las dichas del cielo.
Hambre tengo de sentir,
de querer y ser querida,
quiero apurar de la vida
todo el amor, y morir.

Emilia.

No es hijo del corazón
ese amoroso martirio;
tú deliras, y el delirio,
es sólo imaginación.

Elena.

Déjame, déjame estar
á solas con mi sufrir.

Emilia.

(Besando á su hermana.)
Adiós.
(Ap.) (He de conseguir
pronto hacérsele olvidar.)

ESCENA III

ELENA y ANDRÉS

Andrés.

(Dirigiéndose desde el foro al velador de la izquierda.)

A mala memoria, pies
¿para qué os quiero? ¡Torpeza
semejante!... ¡Qué cabeza
tan destornillada!

Elena.

(Que ha vuelto á sentarse, reparando en su marido.)

Andrés.

Andrés.

(Revolviendo papeles.)

¿Has visto?...

Elena.

(Ap.) (Dios le envió.)

Andrés.

¿Mi cartera?

Elena.

No la he visto.
(Ap.) (Por última vez insisto.)
Andrés.

Andrés.

¿La has hallado?

Elena.

No.

Andrés.

Pues aquí no está.

Elena.

Oye; tengo
que hablarte.

Andrés.

¿Es cosa precisa?

Elena.

Lo es.

Andrés.

Porque estoy de prisa.
(Recordando y yendo hacia el segundo término.)
Ya sé dónde está; ahora vengo.

Elena.

(Llamando.) Andrés.

Andrés.

(Deteniéndose.) ¡Qué pesada eres!

Elena.

Antes me tienes que oir.

Andrés.

Dí lo que hayas de decir
y déjame en paz si quieres.

Elena.

Siéntate aquí.

Andrés.

No seas terca.

Elena.

Siéntate.

Andrés.

Ya estoy sentado.

Elena.

Aquí, á mi lado.

Andrés.

A tu lado.

Elena.

Aún más cerca

Andrés.

Aún más cerca!

Elena.

¿No estás contento así?

Andrés.

(Irónicamente.) ¡Mucho!

Elena.

(Ap.) ¡Ya no sé cómo empezar)

Andrés.

(Ap.) (¿En qué vendrán á parar estas misas?)

(Alto á Elena.) Ya te escucho.

Elena.

¿Por qué te enojas conmigo?

Andrés.

(Ap.) (Algo va á pedirme.)

Elena.

¿Dí?
Tú ya no eres para mí
el que fuiste.

Andrés.

(Ap.) (¡No lo digo!)

Elena.

No haces de mí caso alguno,
de mi presencia te escondes,
si te llamo no respondes,
cuando te hablo te importuno.
Antes eras más amable
y más atento.

Andrés.

Aprensión.

Elena.

¿Dí que no tengo razón
todavía?

Andrés.

Es indudable.
¿Qué deseos te he tasado?
¿qué gustos te he contradicho,
ni cuando, Elena, el capricho
más pequeño te he negado?
¿No cedo á cuanto tú quieres?

¿no tienes cuanto deseas?
¿hay razón para que seas
tan injusta como eres?

Elena.

Y sobre eso, ¿no hay alguna
otra cosa?

Andrés.

Podrá ser.

Elena.

¿Qué crees que pueda haber
sobre todo eso?

Andrés.

(Perplejo é impaciente al fin.) La luna;
y sobre la luna, deben
estar el sol, las estrellas,
y luego estarán sobre ellas...
(Ap.) (Los demonios que me lleven.)
¿Qué te falta? (Levantándose.)

Elena.

Todo.

Andrés.

Vamos,
no sabes cómo aburrirme.

Elena.

No me juzgues sin oirme.

Andrés.

Me voy porque no riñamos.

Elena.

No te vayas.

Andrés.

Suelta luego.

Elena.

Un momento; nada más
un momento.

Andrés.

¡Es que hoy estás
insufrible!

Elena.

Te lo ruego.

Andrés.

Abusas de mi paciencia.

Elena.

¿Por qué me tratas así?
Sólo tienes para mí
desvío é indiferencia.
Cuando en estas enojosas,
tristes horas de amargura,
de otro tiempo de ventura
recuerdo las amorosas,
mucho más, á pesar mío,
se acrecienta mi dolor;
¿cómo pudo tanto amor
trocarse en tanto desvío?

Andrés.

¿Quiéres decirme á qué viene
semejante niñería?

Elena.

¡De otro tiempo el alma mía
mejores recuerdos tiene!

Andrés.

Pienso que no andas muy cuerda.

Elena.

Acaso tengas razón;
¡es tan loco el corazón
cuando sus dichas recuerda!

Andrés.

En resumen — que he perdido
mucho tiempo — ¿qué deseas?
habla de una vez.

Elena.

Que seas
el que en otro tiempo has sido.

Andrés.

Por lo visto, esas novelas
han trastornado tu mente.
Quémalas; eres vehemente
y te abrasan.

Elena.

¡Y tú, hielas!

ESCENA IV

ELENA, ANDRÉS y CARLOS

Andrés.

¡Carlos! (Ap.) (¡Qué oportunidad!)
(Alto á Carlos.) Llegas en buena ocasión.
(A Elena.) Ya tienes conversación.

Elena.

(Turbada.) Andrés...

Andrés.

(Ap.) (Y yo libertad.)

Carlos.

A los pies de usted, Elena.

Elena.

Beso á usted la mano.

Carlos.

(Saludando.) Andrés...

Andrés.

(Jovialmente.) Chico, por poco no ves
á mi mujer en escena.

Elena.

No haga usted caso.
(Ap.) (¡Habrá necio!)

Andrés.

¡Si vieras cómo hace el drama!

Elena.

(Ap.) (¡Qué vergüenza!)

Andrés.

Para dama
primera no tiene precio.

Elena.

(Retirándose.) Si tanto te agrada, puedes
seguir la broma adelante.

Andrés.

¿Te marchas?

Elena.

En este instante.
Con el permiso de ustedes.

(Elena, desde el primer término izquierda, atraviesa la escena al primer término derecha, dirigiéndose á su habitación, en cuya puerta la detiene Andrés y habla con ella aparte.)

Andrés.

Escucha. ¿No sabes que
tengo que hacer?

Elena.

Vete.

Andrés.

Sí;
¡y le dejamos aquí
solo á Carlos!

Elena.

No me iré.

(Elena vuelve á atravesar la escena en sentido contrario, se sienta, coge el libro y lee. Carlos, que la ha estado contemplando con vivo interés, dice á Andrés cuando éste vuelve á su lado.)

Carlos.

¡Se ha enfadado!

Andrés.

¡Quién se apura!
ella se contentará.
Su mal conozco y sé ya.
de qué manera se cura.

Carlos.

Y ¿por qué no has procurado
evitarle esa querella?

Andrés.

Pero, hombre, si ha sido ella
misma quien la ha provocado.

Carlos.

¡Ella misma!

Andrés.

Algún tiempo hace
que anda triste, disgustada,
nada la distrae ni nada
la alegra ni satisface.

Carlos.

¿Eso has observado?

Andrés.

Sí;
y he observado mucho más
¡Si lo que es á mí, jamás
se me escapa tanto así! (Con misterio.)
Junto al portal de tu casa
tiene el comercio Ansorena.

Carlos.

(Con interés.) Es cierto.

Andrés.

Y siempre que Elena
por aquellos sitios pasa,
la tienda del diamantista
tal enciende sus antojos,
que clava en ella los ojos
hasta perderla de vista.

Carlos.

¿Mira allí?

Andrés.

Sin duda alguna.

Carlos.

(Con reprimido gozo.)
¿Es posible?

Andrés.

¡Ya lo creo!

¡Qué fortuna ese deseo
va á costarme!

Carlos.

¡Qué fortuna!

Andrés.

¡Ya verás tú que alegría
si la compro unos diamantes!
no habrá caricias bastantes
que prodigarme ese día.

Carlos.

¡Caricias!

Andrés.

Si es que tú quieres
por ventura ser testigo,
verás si lo que te digo
es cierto ó no.

Carlos.

¡Qué mujeres!
¿Y tú tan débil serás
que á sus caprichos te avengas?

Andrés.

¿Y qué he de hacerlo?

Carlos.

Que tengas
más carácter.

Andrés.

¿Nada más?
Pues te juro, aquí *inter nos*,
por esta vez contrariarla
aunque se enoje.

Carlos.

¡Enojarla!

Andrés.

Como mi mujer no hay dos.
Adiós.

Carlos.

¿Te marchas?

Andrés.

Sí; tengo
que hacer; me espera un amigo,
y ya es tarde.

Carlos.

Voy contigo.

Andrés.

No es preciso; pronto vengo.

(Andrés entra en su habitación, segundo término derecha, y, al poco tiempo, sale con una cartera en la mano arreglando papeles y desaparece por el foro.)

ESCENA V

ELENA y CARLOS

Carlos contempla inmóvil y silencioso á Elena hasta que ésta advierte la ausencia de Andrés.

Elena.

¡Ah! usted perdone. Creía
que estaba...

Carlos.

Lo mismo da;
siga usted.

Elena.

(Dejando el libro sobre el velador.)

Concluí ya,
gracias. Y, usted... ¿se aburría?

Carlos.

No tal.

Elena.

Tome usted asiento.

Carlos.

Con permiso.

(Carlos se sienta en el extremo opuesto de Elena, la cual, contrariada, mira en todas direcciones como buscando un pretexto para que Carlos se acerque á ella. Elena ha tomado su abanico, pero, al notar al lado de Carlos el de su hermana, lo deja de nuevo y dice después de breve pausa.)

Elena.

¡Qué calor!...
¿Me haría usted el favor
de ese abanico?

Carlos.

Al momento.

Elena.

Mil gracias. Y... ¿qué se cuenta?
¿qué hay de nuevo?

Carlos.

(De pie al lado de Elena.) Nada sé.

Elena.

Pero, ¿sigue usted de pie
todavía?

(Señalando á Carlos un sitio al lado del suyo.)

¿No se sienta?

Carlos.

(Aceptando el puesto que le ofrecen.)
Con mucho gusto.

Elena.

Nos tiene
usted olvidados.

Carlos.

Todo
menos eso.

Elena.

Ya no hay modo
de ver á usted; ya no viene
por esta casa.

Carlos.

El deseo
no falta.

Elena.

Ni se le vé
por el teatro; ni sé
que vaya usted á un paseo.

Carlos.

El trabajo...

Elena.

Aunque trabaje
no es obstáculo.

Carlos.

Además...
tengo un proyecto.

Elena.

¿Quizás...
matrimonial?

Carlos.

No; un viaje.

Elena.

¡Piensa usted dejar la corte!

Carlos.

Á mi pesar.

Elena.

¿Decidió
el punto?

Carlos.

Sí.

Elena.

¿Á Francia?

Carlos.

No;
á la América del Norte.

Elena.

(Hojeando un periódico de modas, que toma del velador para ocultar su turbación.)

¡Tan lejos!

Carlos.

Hoy no hay distancias.

Elena.

Y... ¿cuándo?

Carlos.

No lo sé aún.

Elena.

¿Por mucho tiempo?

Carlos.

Según
lo exijan las circunstancias.

Elena.

(Extendiendo el periódico hacia donde está Carlos.)

¿Le gusta á usted este traje?

Carlos.

(Se aproximan y vienen á quedar sus cabezas casi juntas, teniendo el periódico entre los dos.)

Es de un corte distinguido;
esbelto.

Elena.

(Las frases que se refieren al viaje de Carlos deben contrastar, en Elena, con las referentes al periódico; nerviosas y vibrantes éstas, llenas de emoción aquéllas.)

Y, ¿qué le ha movido
á emprender ese viaje?

Carlos.

(Indeciso.) Los negocios.

Elena.

(Aludiendo al figurín.) ¿No es verdad
que es bonito?

Carlos.

Encantador.

Elena.

¿Y el color?

Carlos.

Es un color
rosa de gran novedad.

Elena.

Si es que no soy importuna...

Carlos.

Usted no lo puede ser
jamás.

Elena.

¿Se puede saber
qué negocios?...

Carlos.

Mi fortuna...
ó mi desgracia.

(Interrumpiéndose á sí mismo. Elena y Carlos siguen en la misma posición, muy cerca uno de otro.)

¿No haría
mucho mejor esta falda?...

Elena.

¿Cómo?

Carlos.

Con una guirnalda,
ó alguna greca...

Elena.

Sería
mucho mejor un encaje.

ESCENA VI

ELENA, CARLOS y EMILIA

Emilia aparece, sin ser vista, por la puerta del segundo término izquierda, por donde salió al final de la escena segunda.

Carlos.

Posee usted el secreto.

Elena.

¿Me promete usted?

Carlos.

Prometo.

Elena.

Desistir de ese viaje?

(Al propio tiempo que Carlos va á hacer un movimiento de amorosa intimidad, Emilia prorrumpe:)

Emilia.

Elena.

(Elena y Carlos se ponen de pie rápidamente.)

Elena.

Emilia.

Emilia.

Hace ya
una hora que espera...

Elena.

¿Quién?

Emilia.

La hermana de Enrique.

Elena.

Bien,
ahora mismo voy allá.
(Tendiendo la mano á Carlos.)
No deje usted de venir
á vernos con más frecuencia.

Carlos.

Así lo haré.

Emilia.

(Ap.) (¡Qué imprudencia!)
(Elena desaparece por la puerta del segundo término izquierda: Carlos se dispone á salir.)

ESCENA VII

CARLOS y EMILIA

Emilia.

Carlos. ¿Quiére usted oir?

Carlos.

(Volviendo desde el foro.)
Usted dirá, Emilia.

Emilia.

Acudo,
no al amigo, al caballero.

Carlos.

Siempre leal y sinceró
me hallará usted.

Emilia.

Nó lo dudo.

Carlos.

¿Se trata?

Emilia.

De un favor.

Carlos.

Pues
délo usted por hecho ya.

Emilia.

Eso quisiera.

Carlos.

Y será.

Emilia.

¿Antes de saber lo que es?

Carlos.

Usted me conoce, y sabe...

Emilia.

Aun á trueque de pasar
por descortés, he de hablar
con franqueza

Carlos.

¡Qué! ¿tan grave
es ello?

Emilia.

Sí lo es.

Carlos.

Emilia,
me asusta usted.

Emilia.

Es decir,
si es que es grave el porvenir
y el honor de una familia.

Carlos.

¿Qué sucede?

Emilia.

¿Usted lo ignora?

Carlos.

Explíquese.

Emilia.

Por favor,
líbreme usted del rubor
de recordárselo ahora.
Harto dicen su estudiada
conducta y su frialdad
con Andrés, cuya amistad

de tal manera olvidada
tiene usted, que se diría
que de su afecto le excluye
y, por cálculo, rehuye
su trato y su compañía.

Carlos.

Es verdad, huyo su trato,
vengo con menos frecuencia
á verle, y, en la apariencia,
para con él soy ingrato.
Mas, si su presencia evito,
no es por negra ingratitud,
es... que á veces la virtud
tiene forma de delito.

Emilia.

Ya mi favor de ese modo
es más fácil, pues estriba
en que esa virtud pasiva
la complete usted del todo.

Carlos.

No comprendo...

Emilia.

(Tímida y respetuosamente.) Si es verdad
la virtud que usted se impone,
con esta casa abandone
de una vez nuestra amistad.

Carlos.

¡Emilia!

Emilia.

Si su presencia
es, como dice, un delito...

Carlos.

Exagera usted.

Emilia.

Repito
sus frases.

Carlos.

Tengo conciencia
de mis actos; mi deber
conozco, y, hombre de honor,
ninguno sabe mejor
que yo lo que debo hacer.
Es usted muy cavilosa.

Emilia.

¿Es decir, que usted desea?...

Carlos.

Nada que justo no sea.
¿Dispone usted otra cosa?

ESCENA VIII

CARLOS, EMILIA y ENRIQUE

Enrique por la puerta del foro, aparece sin ser visto; Carlos se dispone á salir, Emilia corre á detenerle y se encuentra frente á frente de Enrique al propio tiempo que concluye la frase siguiente:

Emilia.

No se irá usted sin decir...
¡Enrique!

Enrique.

(Ap.) (¡Cuánto cinismo!)

Emilia.

(Á Enrique.) Carlos...
(Á Carlos.) ¿No es cierto?...
(Á Enrique.) Ahora mismo.
se disponía á salir.

Enrique.

(Ap.) (¡Qué iniquidad!)
(Á Emilia.) Y, ¿por qué
se ha de marchar?... que se quede.

Carlos.

(Friamente.) Me es igual.

Enrique.

Yo soy quien puede
que estorbe, y me marcharé.

Emilia.

(Corre al lado de Enrique y le detiene.)

No, Enrique, no.

Enrique.

(Ap.) (¡Qué tormento!)

(Á Emilia.) Tengo que hacer y me voy.

Emilia.

¿Te enfadaste?

Enrique.

¿Yo?... Si estoy

muy contento, muy contento.

(Emilia y Enrique forman grupo á la izquierda; Carlos se halla solo á la derecha.)

No le dejes solo.

Emilia.

¿Qué?

Enrique.

¿No observas cómo te mira?

Emilia.

¿Á mí mirarme?

Enrique.

Y suspira;

¿qué le sucede?

Emilia.

No sé.

Enrique.

¡Hipócrita!

Emilia.

¡Enrique!

Enrique.

¡Y yo
te quería!... ¡qué mujeres!

Emilia.

¿Acaso ya no me quieres?

Enrique.

¡Tú me lo preguntas! No.

ESCENA IX

CARLOS, EMILIA, ENRIQUE y ELENA

Enrique vuelve las espaldas á Emilia y se dirige hacia el foro en donde se halla con Elena que sale por la puerta del segundo término izquierda. Breve pausa durante la cual Elena mira á unos y á otros sorprendida de la actitud de todos, hasta que se dirige á Enrique con quien habla aparte.

Elena.

¿Qué pasa?

Enrique.

Ya lo ve usted.

Elena.

¿Qué?

Enrique.

¡Lo que yo imaginaba!
Cuando menos lo esperaba
les he cogido en la red.

Elena.

(Sorprendida.) ¡Cómo!

Enrique.

Se me resistía
creer en tanto descaro;
pero lo he visto más claro
que la misma luz del día.

Elena.

No acabo de comprender...

Enrique.

Carlos y Emilia...

(Termina la frase al oído de Elena.)

Elena.

¿Es posible?

Enrique.

Ello parece increíble
pero lo acabo de ver.

(Elena se dirige hacia Emilia, y Enrique hacia Carlos, formando dos grupos, aquéllas á la izquierda y éstos á la derecha.)

Elena.

Emilia.

Emilia.

Elena.

Elena.

Por Dios,
¿qué sucede?
(Mirando á Carlos.) ¿por qué llora?

Emilia.

Soy muy desgraciada.

Enrique.

(Á Carlos.) Ahora
podemos hablar los dos.

Carlos.

(Friamente.) Como usted quiera.

Enrique.

Le veo
á usted muy preocupado.

Carlos.

Es posible.

Enrique.

¿Han contrariado
á usted en algún deseo?

Carlos.

¿Quién dice?...

Enrique.

¿Se asusta usted?

Carlos.

¿Yo? ¿de quién?

Enrique.

¡Cosa más rara!
se le ha puesto á usted la cara
más blanca que la pared.

Elena.

(Á Emilia.) Pero esos celos de Enrique,
¿tienen algún fundamento?

Emilia.

Yo te diré...

Elena.

¡Qué tormento!
Habla.

Emilia.

Deja que me explique.

Elena.

¡Qué pesadez! Vamos, di,
¿tienen fundamento?

Emilia.

Yo...
yo no dí motivos, no.

Elena.

(Impaciente é interrumpiendo á su hermana.)
Tú, no; pero, Carlos, sí.

¡Tanta vileza me admira!
¿Y aun se encuentra aquí?

Emilia.

Ten calma.

Elena.

¡Ay, alma mía, mi alma!

Emilia.

¿Lloras?

Elena.

Sí; lloro de ira.

Enrique.

(Á Carlos.) Por lo visto usted no tiene
conversación.

Carlos.

Ni la tomo.

Enrique.

Eso...

Carlos.

¿Qué?

Enrique.

Según y como,
y cuando á usted le conviene.

Carlos.

Usted lo ha dicho.

Enrique.

¿He llegado
quizá tarde?

Carlos.

No lo sé.

Enrique.

¿Acaso cuando yo entré
estaba el tema agotado?

Carlos.

¿Sabe usted que me molesta
tanta pregunta?

Enrique.

Y á mí
su silencio.

Carlos.

(Volviendo á Enrique la espalda.) No es aquí
lugar para una respuesta.

(Enrique se dirige al grupo de Emilia y Elena, y habla con esta última aparte.)

Elena.

(Á Enrique.) ¡Qué infamia!

Enrique.

(Á Elena.) ¡Cuánta maldad!

Elena.

Y, ¿Carlos?...

Enrique.

No lo ha negado.
Y, ¿Emilia?...

Elena.

Lo ha confesado.

Enrique.

¡Era cierto!

Elena.

¡Era verdad!

ESCENA X

CARLOS, EMILIA, ENRIQUE, ELENA y ANDRÉS.

Emilia, Elena y Enrique á la izquierda; Carlos á la derecha y Andrés, que aparece en la puerta del foro, en el centro.

Andrés.

¡Ya estoy de vuelta!... Creí
que ese hombre no me soltaba.
¡Qué pesadez!... ¡cómo hablaba!
(Á Carlos.) ¿Todavía estás aquí?
me alegro, así comerás
con nosotros;
(Mirando al otro grupo.) comeremos
todos juntos, y echaremos
al aire una cana más.

¡Siento un placer sin medida
siempre que tengo á mi lado
á cuantos seres he amado
y querido en esta vida,
(Observando la actitud y silencio de unos y otros.)
y, todos los que aquí estáis,
mi cariño poseeis.
Pero, ¿estáis mudos? ¿qué hacéis?
respondedme, ¿en qué pensáis?
(Á Enrique.) Contesta; ¿qué sucedió?
quiero saber lo que pasa.

Enrique.

Sucede que en esta casa
sobramos Carlos ó yo;
ya lo sabes.

Andrés.

¡Tales modos!

Enrique.

Elena te dirá...

Elena.

(Ap.) (¡Cielos!)

Andrés.

Con tus ridículos celos
vas á concluir con todos.
(Deteniendo á Carlos, que se ha dirigido á la puerta del foro.)
No, no te muevas. De un loco
no se hace caso jamás.

Carlos.

Permíteme.

Andrés.

No te irás.

Enrique.

Me iré yo entonces. (Yéndose.)

Andrés.

Tampoco.

Enrique.

(Á Carlos.) Ya nos veremos los dos.

Emilia.

No te marches. (Deteniendo á Enrique.)

Andrés.

¡Qué Babel!

Enrique.

(Á Andrés.) ¡Él ó yo!

Andrés.

Ni tú, ni él.

Enrique.

Aparta. (Rechazando á Emilia.)

Emilia.

(Á Enrique.) Escúchame.

Enrique.

Adiós.

ESCENA XI

CARLOS, EMILIA, ELENA y ANDRÉS

Andrés.

(A Carlos.) No hagas caso; espera aquí
un instante. Te aseguro
que está loco.
(Dirigiéndose á la puerta del foro.) ¡Yo le juro
que se ha de acordar de mí!

ESCENA XII

CARLOS, EMILIA y ELENA

Emilia y Elena á la izquierda, Carlos á la derecha.

Elena.

(A Emilia.) No te aflijas; hay un modo
de que esto se arregle, y bien.

Emilia.

¡Cómo!

Elena.

(Mirando á Carlos.) Marchándose quien
tiene la culpa de todo.

Carlos.

(Llegándose hasta donde están Emilia y Elena.)

Es verdad; aunque inocente,
soy causa de cuanto aquí
sucede.

Elena.

¿Es posible?

Carlos.

Sí.

Elena.

¡Lo dice usted!...

Carlos.

Ciertamente.

Emilia.

(Deseosa, de evitar explicaciones, trata de llevarse á su hermana, á quien se dirige impaciente é inquieta.)

Vamos, Elena.

Carlos.

(Hablando consigo mismo.) ¡Qué pasa!
(A Elena.) Elena...

Emilia.

(A Elena.) Vámonos luego.

Carlos.

(A Elena.) Escúcheme usted.

Elena.

(A Carlos.) Le ruego
que salga usted de esta casa.

Carlos.

¡Me echa usted!

Emilia.

(A Elena.) ¿Quiéres venir?

Elena.

Vámonos.

Carlos.

Unos instantes.
Quiero que me oiga usted antes,
y, á su pesar, me ha de oir.

Elena.

(A Emilia.) Salgamos.

Carlos.

(Interponiéndose.) Ni un paso.

Elena.

Atrás.

Carlos.

(A Elena.) Ofenda usted sin temor;
me siento con más valor
cuanto usted me ofenda más.
No los míos, (Señalando á Emilia.) esos labios
vengarán tales ofensas,
desventuras tan inmensas
y tan injustos agravios.
(A Emilia.) Diga usted si dí ocasión,
si hubo motivo realmente,

si existió causa aparente
ó una sombra de razón
para que me trate así.
(A Elena.) Óigala usted, y oirá
lo que es cierto, lo que ya
debió usted pensar de mí.

(Pausa. Elena interroga con su actitud y su mirada á Emilia; ésta permanece inmóvil y muda; Carlos, sorprendido é indignado, al fin prorrumpe como adivinando lo que pasa.)

¿Por qué no habla? ¿qué ha pasado?
¿qué razón la ha suspendido?

Elena.

Habla. (A Emilia.)

Carlos.

(Después de una corta pausa.)

¡Cómo! ¡habrá usted sido
quien tal desdicha ha causado!

Emilia.

¡Tal ofensa!...

Carlos.

Usted de mí
¿tuvo acaso más piedad?

Emilia.

Elena...

Elena.

Pero ¿es verdad?...

Emilia.

Salgamos pronto de aquí.

ESCENA XIII

CARLOS

¡Ah, me aborrece!... Y ¿á quién,
de cuantos mis ojos ven,
no causo aborrecimiento?...
¡si hasta yo, yo mismo siento
que me aborrezco también!
¡Quién me salva, quién me escuda
de esta pasión sorda y muda
que invade toda mi vida,
y es, cuanto más combatida,
más formidable y más ruda!
¡Cómo es posible que así
una idea, á la que dí
en mi mente forma, sea,
no siendo más que una idea,
dueño absoluto de mí!
¿Y á donde me arrastre, iré
fatalmente?... no; porque
albedrío y libertad
tengo, y es mi voluntad
vencerla, y la venceré
Aquí tu poder acaba
idea que el bien socava,
cruel, impía, proterva;

¿fuiste señora?... sé sierva;
¿fuiste libre?... sé mi esclava.
Huiré de estos lugares
lejos, muy lejos; los mares
cruzaré... Pero, ¡ay de mí!
¿huirán también así
mis amorosos pesares?
¡Si al menos llevar pudiera
una palabra que fuera
consuelo á tantos agravios!...
¡si yo de sus mismos labios
una vez, sólo una, oyera
como soñado su acento,
respondiendo al pensamiento
de mi corazón!... ¡la vida
fuérame entonces querida,
y más grato mi tormento!
Pero ella, ¿quizá me amó
lo mismo que la amo yo?...
¡Quien sabe si, aunque parece
que me ama, me aborrece!...
No quiero saberlo, no.
Prefiero mi ceguedad
y la duda, á la verdad,
que toda ilusión anega;
la fe, que es divina, es ciega,
no mira á la realidad.

ESCENA XIV

CARLOS y ELENA

Elena.

¡Carlos!

Carlos.

¡Elena!

Elena.

¿Aún aquí?

Carlos.

¿Viene usted á echarme?

Elena.

No.

Lo sé todo.

Carlos.

Y lo que yo
amo ¿lo sabe usted?

Elena.

Sí.

(Carlos se adelanta hacia Elena á quien coge una mano que estrecha con efusión entre las suyas, imprimiendo después un beso en ella. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

ELENA Y ANDRÉS

Elena sentada á la izquierda; Andrés de pie á su lado.

Andrés.

Desarruga el entrecejo.

Elena.

Estáte quieto.

Andrés.

¡Qué cara
tienes tan fea y tan rara!

Elena.

¡Déjame en paz!

Andrés.

¡Ya te dejo!
Vamos, dime, ¿por qué estás
de mal humor?

Elena.

No lo sé.

Andrés.

Por algo será.

Elena.

Porque...

Andrés.

¿Por qué?

Elena.

Porque no te vas.

Andrés.

Me iré, pero antes...

Elena.

¿Qué quiéres?

Andrés.

Que te rías.

Elena.

¡Qué pesado!

Andrés.

Yo soy así.

Elena.

Ya he notado...

Andrés.

¿Qué has notado?

Elena.

Que lo eres.

Andrés.

Mil gracias por el favor.

Elena.

Es justicia.

Andrés.

Lo agradezco.

Elena.

No hay de qué.

Andrés.

Mas, no merezco
ciertamente tal honor.
¡Si supieras!...

Elena.

¿Todavía?

Andrés.

¡Qué sorpresa te preparo!

Elena.

Como tuya.

Andrés.

¡Pues es claro,
nada menos, como mía!
Aunque me ves con frecuencia
silencioso y distraído,
te engañas si te has creído

que soy todo indiferencia.
Nada más que con mirar
á un hombre, sea el que fuere,
sé al instante lo que quiere
y lo que puede pensar.

Elena.

¡Si eres un lince!

Andrés.

No creo
que soy tonto.

Elena.

¡Quién pensó!...

Andrés.

Tú te has creído que yo
ni oigo, ni entiendo, ni veo.
Niega que estás disgustada.

Elena.

Pues estás adelantado
de noticias.

Andrés.

Lo he observado
aunque no te he dicho nada.
Como sé del mismo modo
lo que tanto te enloquece.

Elena.

(Alarmada.) ¿Qué dices?

Andrés.

Si aunque parece
que no veo lo sé todo.

Elena.

¿Que tú sabes?...

Andrés.

¡Ya lo creo!
¡Lo sé todo!

Elena.

¡Quién!... ¿tú?

Andrés.

Yo.
¡Tú te has creído que no
oigo, ni entiendo, ni veo!
Mientras me hacías pensando
en mis negocios, buscaba
el hilo, y, por fin...

Elena.

¿Qué?... Acaba.

Andrés.

Te he sorprendido.

Elena.

(Levantándose.) ¿A mí?... ¿cuándo?

Andrés.

Si en más de alguna ocasión
en presencia tuya, hacía

como que nada veía
fué con mi cuenta y razón.
Pero hoy ya, porque no creas,
como crees, que prefiero
á tus gustos mi dinero,
accedo á cuanto deseas.
Ello me cuesta muy caro,
pero, ¡qué lo hemos de hacer!
se trata de mi mujer
y contigo no reparo.
Satisfaré tus antojos (Elena se sienta.)
aunque se agote mi caja.
¡Y es una alhaja!... ¡qué alhaja!
Ya se te alegran los ojos
y tienes otro semblante
más risueño. ¡Caprichosa!
¡Y hay cada diamante rosa
que aquello sí que es diamante!
¡Mucho me cuesta á fe mía
verte feliz unas horas!

(Aproximándose á Elena.)

¿Ya te ríes?... ¡Cómo!... ¿lloras?...
Vamos, lloras de alegría.
Pues mira, si es que he de ser
justo en todo, ese presente
tanto como á mí, á un ausente
lo tienes que agradecer.
Gastamos tanto, que yo

un punto dudé comprarlos.
pero Carlos...

Elena.

¡Carlos!

Andrés.

Carlos
es el que me decidió.
Y ¡qué ajeno irá él por esos
mundos de Dios adelante,
de pensar que en este instante
le meneamos los huesos!
Lo menos debe llevar
una semana sin ver
tierra alguna. ¡Debe ser
triste un viaje por mar!
Hace tiempo que soñaba
con viajes atrevidos.
La ambición nos trae perdidos
á todos. (Pausa y transición.) Se me olvidaba
decirte que le he comprado,
con motivo del casorio,
un menaje de escritorio
á Enrique de oro incrustado,
y un aderezo de moda
que á Emilia darás, unido
á lo que tú has elegido,
como regalo de boda.
Ya deseo que estos diez

ó doce días se pasen,
llegue la hora, se casen
y acabemos de una vez.
Nos quedaremos los dos,
entonces, solos y holgados,
como dos recién casados,
en paz y en gracia de Dios.

ESCENA II

ELEÑA, ANDRÉS y ENRIQUE

Enrique.

(Por el foro.) Andrés.

Andrés.

¡Adiós mi dinero!

Enrique.

Andrés.

Andrés.

¿Qué te ocurre?

Enrique.

Andrés,
tengo que hablarte.

Andrés.

Habla, pues;
pero descansa primero.

Enrique.

Es urgente.

Andrés.

Si es urgente
despacha al punto.

Enrique.

Aquí no,
en tu cuarto.

Elena.

(Levantándose.) Si soy yo
quien sobra...

Enrique.

Precisamente.

Andrés.

¡Ya está ciego!

Elena.

¡Qué galante!

Enrique.

Usted perdone; no sé
lo que digo, ni lo que
me sucede en este instante.

Elena.

No me ofendo.

Andrés.

Entre familia...

Elena.

(Ap.) (¡Cómo echarlos!)

Andrés.

Pasa todo.

Enrique.

Elena...

Elena.

No me incomodo.

(Ap.) (Haré que les eche Emilia.)

ESCENA III

ANDRÉS y ENRIQUE

Andrés.

¿Qué pasa?

Enrique.

Cerca de aquí
acabo de ver...

Andrés.

¿Á quién?

Enrique.

Á Carlos.

Andrés.

(Con incredulidad.) ¿Le has visto bien?

Enrique.

Como te estoy viendo á ti.

Andrés.

Tú sueñas.

Enrique.

¡Qué he de soñar!

Andrés.

No insistas.

Enrique.

¡Vaya si insisto!
Te aseguro que le he visto.

Andrés.

Pues mira, es asegurar.

Enrique.

Te digo...

Andrés.

No puede ser.
¡Si le fuí yo á despedir,
yo mismo, y le ví partir!

Enrique.

Y ¿no ha podido volver?

Andrés.

Pero, hombre, si me escribió
desde Cádiz.

Enrique.

¿No ha podido
escribir y haber venido?

Andrés.

Vamos, te digo que no.

Enrique.

Pareces aragonés
por lo terco y obstinado.

Andrés.

Y tú un loco rematado
que no tiene cura.

Enrique.

¡Andrés!
¡si me valiera!...

Andrés.

¿Qué harías?

Enrique.

Me pones fuera de mí.

Andrés.

Sosiégate.

Enrique.

Ven aquí;
si le vieses, ¿qué dirías?

Andrés.

¿Le tienes en el bolsillo?

Enrique.

Igual que si lo tuviera.

Andrés.

Veamos de qué manera
me convences.

Enrique.

Muy sencillo.
Antes que yo á él, á mí
debió verme, pues huyó
con tal ventaja que yo
al instante le perdí.
Sospeché de rabia ciego
que se encontraba acechando
estos sitios, y, pensando
si sería doble el juego,
una idea se apodera
de mi mente: si acechaba
Carlos, á alguno esperaba
que á su vez también le espera.
¿Le hallé aquí? pues es razón
que alguien le citaba aquí;
alcé la cabeza y ví
á Emilia sola al balcón.
Aún mi dolor no agotado,
pues se esperaban, decía,
también algún otro día
como el de hoy se habrán citado.
Días sin duda de amor

que ninguno ha sorprendido
y, en los cuales, han podido
verse más á su sabor.
Alguien, entonces, infiero
que estas citas misteriosas
conoce, pues estas cosas
siempre tienen un tercero.
Subo á tu casa guiado
por el instinto; la puerta
encontrábase entreabierta
y detrás de ella un criado,
el cual, así que me vió,
comenzó al punto á temblar
de miedo, quiso escapar,
le alcancé, y cuando él y yo
nos vimos lejos de allí,
al principio le rogué,
más tarde le amenacé
y oro luego le ofrecí.
No logré arrancarle ni una
palabra, mas su obstinado
silencio me ha confirmado,
sin lugar á duda alguna,
que Carlos en nuestra ausencia
como dueño viene aquí,
aunque te parezca á tí
que es todo sueño y demencia.

Andrés.

Un loco hace ciento, bien
dice el refrán.

Enrique.

¿Todavía
dudas?

Andrés.

Casi apostaría
que yo estoy loco también.
Tal vez — si lo que has contado
no es, cual pienso, un embolismo —
tengas la culpa tú mismo.

Enrique.

¡Yo!

Andrés.

Por tu genio endiablado.
Ya en algunas ocasiones
te lo he dicho; te despeñas
por las cosas más pequeñas
sin atender á razones.
Pero... ¡si no puede ser
ni cabe tal devaneo!
Te digo que no lo creo,
que no lo puedo creer.

Enrique.

Tu confianza me admira.

Andrés.

¡Qué quieres! nunca creí
que sea verdad lo que á mí
me parece que es mentira.
Tú, por costumbre, recelas
de todo sin ton ni son,
y allá en tu imaginación
te forjas unas novelas
y te armas tales enredos,
que ves hasta lo que no es,
y, cual dice el refrán, crees
que son huéspedes los dedos.
No obstante, para que tenga
tu carácter irascible
tranquilidad, si es posible
que á estar tranquilo se avenga,
formalmente te prometo,
y mi promesa algo vale,
observar quién entra y sale
en la casa y con qué objeto.

ESCENA IV

ANDRÉS, ENRIQUE y EMILIA

Enrique.

(Aquí está Emilia.) (Aparte á Andrés.)

Andrés.

(Ap. á Enrique.) (Ten calma.)

Emilia.

Enrique...

Enrique.

(Ap. á Andrés.) (¡Infame!...)

Andrés.

(Ap. á Enrique.) (Prudencia.)

Emilia.

¿Os estorba mi presencia?

Enrique.

(Ap.) (¡Cómo finge!... ¡no tiene alma!)

Andrés.

(Ap.) (¡Si la pudiera alejar!)
(A Emilia.) ¿Buscas á Elena?

Emilia.

¿Yo?... no.

Andrés.

Pues lo que es ella, sé yo
que te busca. Debe estar
en su cuarto. Hace un momento
que se fué.

Emilia.

Sí, ya lo sé;
vengo de allí.

Andrés.

¡Ah!... conque...
¿vienes de allí?
(Ap.) (Pues lo siento.)

Enrique.

(¿Y no sabremos?)... (Ap. á Andrés.)

Andrés.

(Ap. á Enrique.) (Vayamos
despacio y con pies de plomo.
Sé prudente y verás cómo
la verdad averiguamos.)

Emilia.

¿He venido á interrumpir
por lo visto?

Andrés.

¡Quién pensó!...
es decir, sí; digo, no;
digo...
(Ap.) (No sé qué decir.)

Enrique.

(Déjanos solos.) (Ap. á Andrés.)

Andrés.

(Ap. á Enrique.) (Jamás.)

Enrique.

(Id.) (Un instante.)

Andrés.

(Ap.) (De ese modo
nada consigues, y todo
en cambio lo perderás.)

Emilia.

Pues yo vine á suplicaros
que me hiciérais un favor,
pero...

Andrés.

Habla sin temor.

Emilia.

No quisiera molestaros.

Andrés.

¡Qué dices!... ¿tú molestar?...
¿y á nosotros?... ¡qué locura!
(Ap.) (¡Si hallase una coyuntura
cualquiera para escapar!)
(Á Emilia.) ¿Y qué favor?...
(Ap.) (Si termina
esto bien, estoy contento)
(Á Emilia.) Sepamos qué es.

Enrique.

(Ap.) (¡Qué tormento!)

Emilia.

Se trata de una berlina
que ayer tarde, Elena y yo,
vimos no lejos de aquí.

Andrés.

Que os habrá gustado.

Emilia.

Sí.

Andrés.

Y la habréis comprado.

Emilia.

No.

Aún falta, para quedarnos
con ella, que la veais.

Andrés.

Cuanto antes.

Emilia.

Cuando queráis.

Enrique.

(Ap. á Andrés.)
(¿Lo ves? ha venido á echarnos.)

Andrés.

Pues mira... (Á Enrique.)

Enrique.

(Ap. á Andrés.) (No aceptes.)

Andrés.

Creo.

que Emilia tiene razón.
(Ap.) (Ya he encontrado la ocasión.)
(Alto á Enrique.) Iremos dando un paseo;

así como así, hace un día
delicioso.

Enrique.

(Ap. á Andrés.) (No me iré.)

Andrés.

(Ap. á Enrique.) (No seas tonto, que yo sé
lo que me hago todavía.)
Vámonos.

(Ap. á Enrique.) (Concertaremos
nuestro plan.)

Emilia.

(Entregando una tarjeta á Andrés.)
He aquí las señas.

Enrique.

(Yo me quedo.) (Ap. á Andrés.)

Andrés.

(Ap. á Enrique.) (Si te empeñas
en ser loco, nos perdemos.)

Enrique.

(Id.) (Mientras nosotros estamos)...

Andrés.

(Id.) (Nada tienes que temer;
á más, podemos volver
en diez minutos) (Á Emilia.) Nos vamos.

Emilia.

No tardéis.

Enrique.

(Ap. á Andrés.) (¡Qué hipocresía!)

Andrés.

(Ap. á Enrique.)
(Haste el sordo y no hagas caso.)
Adiós. (Alto á Emilia.)
(Yéndose.) Iremos de paso
también á la joyería.

ESCENA V

EMILIA y ELENA

Emilia.

No sé por qué me da pena
verles ir.

Elena.

¿Se fueron ya?

Emilia.

Sí, ya se fueron; ya está
cumplido tu encargo, Elena.

Elena.

Emilia, te he prometido
que por última vez pasa
los umbrales de esta casa
á espaldas de mi marido.

No quiero que su demencia
á ese viaje funesto
le arrastre. Me lo he propuesto
como un caso de conciencia.
Por eso le hice venir
de Cádiz.

Emilia.

Á pesar mío.

Elena.

Y de su empeño confío
que he de hacerle desistir.
Ya es hora. (Transición.)

Emilia.

¿Me avisarás
en seguida?

Elena.

Te lo ofrezco.

Emilia.

(Ap.) (Cada día le aborrezco
y odio á ese hombre mucho más.)

ESCENA VI

ELENA

Cuanto es causa de placer,
por misterioso contraste,

en mí ¡oh, Dios mío! trocaste
en causa de padecer.
Amor siento, y, el amar,
que es ventura y es contento,
en mi corazón lo siento
como un amargo pesar.
Al deber quiero ceder
para acallar mi conciencia,
y es al par de mi existencia
rudo tormento el deber.
¡Quiero en vano mi dolor
en esta lucha extinguir,
que tanto me hacen sufrir
el deber como el amor!
Y pues amor me atormenta
y es mi tormento el deber,
y en mi existencia ha de ser
cuanto piense y cuanto sienta,
causa de un mismo tormento,
contrariando el corazón
lo que pienso, y la razón
contrariando lo que siento,
dadme fuerzas, que ya es hora
de que resuelva y decida
si hay más deber en la vida
que amar lo que me enamora.

ESCENA VII

ELENA y CARLOS

Elena.

¡Carlos!

Carlos.

¡Elena! Hasta aquí,
cómo he llegado no sé.
Me espían, me han visto,

Elena.

Y ¿qué?
ya te tengo junto á mí.

Carlos.

Por tu bien, sin falta alguna
mañana me voy.

Elena.

Te irás.

Carlos.

¿De veras? ¿no me opondrás
ya resistencia?

Elena.

Ninguna.

Carlos.

He sido débil.

Elena.

Y yo.

Carlos.

Es necesario partir
lejos.

Elena.

Muy lejos.

Carlos.

Vivir
separados.

Elena.

Eso no.

Carlos.

Pero, Elena, ¿no has pensado
que tu perdición hacemos?

Elena.

¡Qué importa, si nos perdemos
yo contigo y tú á mi lado!

Carlos.

¿Y el mundo?

Elena.

No conocí
otro mundo que mi amor.
Mi ventura y mi dolor,
no en el mundo, están en mí.

Carlos.

Pero es ley...

Elena.

La verdadera
nace del amor sincero;
quiero querer lo que quiero
y no amar lo que otro quiera.

Carlos.

Mas ¿y el dolor que detrás
de tí dejas?

Elena.

Sólo sé
que será más grande el que
en mi alma dejarás.

Carlos.

¿Y no ofenderá á tu ardiente
corazón, el que así sienta
un amor que es una afrenta
para el mismo que lo siente?

Elena.

Más me avergüenza á hurtadillas
amarte, que el mismo amor,
ó que el medroso rubor
lo delate en mis mejillas.
Aún más que mi amor por tí
me ofende mi fingimiento,
que no está en mí lo que siento
y lo que finjo está en mí.

Carlos.

Desecha ese empeño loco
y acata el duro precepto
del destino.

Elena.

No lo acepto.

Carlos.

Procura olvidar.

Elena.

Tampoco.

Carlos.

Elena, ¿tendrás valor?...

Elena.

¿Para amar?... Si lo has dudado
es que no amas, ni has amado,
ni sabes lo que es amor.

Carlos.

No, no; prefiero la muerte
mil veces antes que huir
contigo. Quiero morir,
pero no quiero perderte.
Mi amor no es ciego egoísmo;
te prefiero desgraciada
y ajena, que deshonrada
y feliz conmigo mismo.

Elena.

No hallarás razón que tuerza
mi voluntad; si te vas,
á tu lado me tendrás,
si no de grado, por fuerza.
Con toda el alma te quiero,
y, en corazón de mujer,
entre el amor y el deber
el amor es lo primero.

Carlos.

¿Qué pretendes?

Elena.

He tomado
mi resolución; de modo
que, para partir, ya todo
lo he previsto y arreglado.
Espera en este aposento.

Carlos.

¿Te vas?

Elena.

Á mi habitación.
No salgas de aquí; es cuestión
nada más que de un momento.

ESCENA VIII

CARLOS y EMILIA

Emilia.

Elena... Elena.

Carlos.

¿Qué pasa?

Emilia.

Salga usted pronto, por Dios;
Andrés y Enrique, los dos
acaban de entrar en casa.

Carlos.

Bien. ¿Qué me importa? sereno
les aguardo; me es igual.

Emilia.

Hombre funesto y fatal,
incapaz de nada bueno.

Carlos.

¡Emilia!

Emilia.

Si pretendía
usted deshonrarnos...

Carlos.

¡Yo!

Emilia.

Puede decir que logró
semejante villanía.

Carlos.

Guíeme usted.

Emilia.

Por ahí
no es posible.

Carlos.

Aquí tal vez...

Emilia.

Tampoco. Véngase usted...

Carlos.

¿Por aquí?...

Emilia.

No; por aquí.

(Vánse por la puerta del primer término izquierda.)

ESCENA IX

ANDRÉS con un estuche empaquetado.

Ese chico está demente,
no tengo ya duda alguna;
y, por lo visto, la luna
anda en el cuarto creciente.

En la calle queda, dando
mil vueltas á la manzana;
y se estará por mañana,
tarde y noche paseando.
¿Será cierto que se halló
con Carlos? ó ¿soñarían
sus celos que le veían
y ni ha vuelto ni le vió?
¡Qué terquedad (Transición.) Y mi Elena,
¿dónde se encuentra? Ya está
aquí la sorpresa. ¡Va
á ser chistosa la escena!
Lo dejaré al descubierto
en medio del velador,
y porque pronto y mejor
lo vea, el estuche abierto.
(Después de desempaquetarlo coloca el estuche abierto en el velador de la izquierda, y se inclina á verlo, dando la espalda á la habitación de Elena.)
Perlas, rubíes, diamantes,
esmeraldas... Un tesoro
de arte, de piedras y de oro...
¡Pocos habrá semejantes!

ESCENA X

ANDRÉS y ELENA

Elena se dirige hacia Andrés, á quien no reconoce hasta llegar á su lado, que se vuelve al oir la pregunta que hace su mujer.

Elena.

¿He tardado?

Andrés.

Un poco...

Elena.

¡Eh!... ¡cómo!...
¿qué es esto?

Andrés.

¿No lo decía?...
¡qué sorpresa!... ¡como mía!
¡la hizo perder el aplomo!

Elena.

¿Dónde está?

Andrés.

¡Dónde ha de estar!
pues, ¿no lo acabas de ver?

Elena.

¡Qué es esto!

Andrés.

Pues, qué ha de ser,
lo que acabas de admirar.
¿Qué te parece?

Elena.

¿No estaba
aquí Emilia?

Andrés.

No. ¿He tenido
buen gusto?

Elena.

(Ap.) (Le habrá escondido
tal vez por aquí.)

Andrés.

Esperaba
darte una buena sorpresa.

Elena.

¿Y no has visto á Emilia?

Andrés.

No.
Y lo que prometo yo
nunca se queda en promesa.
¿Estás contenta?

Elena.

(Ap.) (Aunque todo
se descubra le veré.)

Andrés.

La cosa no es para que
te impresione de ese modo.

Elena.

(Ap.) (Iré á buscarle.)

Andrés.

¿Qué dices?

Elena.

(Ap.) (Y le hablaré.)

Andrés.

Ya podremos
ser felices.

Elena.

(Ap.) (Sí, seremos,
lejos de aquí, muy felices.)

Andrés.

Pero, ¿no miras?

Elena.

¿Qué quieres
que vea?

Andrés.

Juzga por tí
y mira.

Elena.

(Tomando el estuche.) Trae; ya lo ví,
toma y no me desesperes.

Andrés.

Perlas...

Elena.

Sí; tiene bastantes;
toma.

Andrés.

Rubíes...

Elena.

También;
¿qué más?

Andrés.

Esmeraldas...

Elena.

Bien;
y ¿qué más tiene?

Andrés.

Diamantes...

Elena.

¿Has concluído?

Andrés.

Y el oro
es de ley, y, luego, aparte
de que es, como obra de arte,
un verdadero tesoro.

Elena.

Y bien, ¿qué?

Andrés.

Pues si es que estás
descontenta todavía,
dí qué quieres.

Elena.

Pues quería
más, mucho más, mucho más.
Quiero ser como he sido antes,
dichosa y feliz; adoro,
no perlas, rubíes, oro,
esmeraldas y diamantes,
que me quieran cual yo quiero,
y amen como sé yo amar,
(Devolviéndole el estuche.)
¡mira si me puedes dar
tesoro tan verdadero!

ESCENA XI

ANDRÉS Y ENRIQUE

Enrique.

Andrés, Andrés.

Andrés.

La ira abrasa
mi pecho.

Enrique.

¿No escuchas?

Andrés.

¿Qué?

Enrique.

Ya todo, todo lo sé;
Carlos se encuentra en tu casa.

Andrés.

Tu voz á otra voz responde
que estoy escuchando aquí.
¿Lo que has dicho es cierto?

Enrique.

Sí.

Andrés.

Pues si está, sepamos dónde;
que tu duda, contagiosa
como la peste, ha un momento
también que á mi pensamiento
y á mi corazón acosa.
No creo que pueda ser
y á la par pienso que sea;
pienso al fin que es, y esta idea
ya no la puedo creer.
Y cuanto más juzgo y veo
más de ideas cambio y mudo,
ya creyendo lo que dudo,
ya dudando lo que creo.

Y pues estas ansias mudas
un término es justo que hallen,
porque de una vez se acallen
todas, salgamos de dudas.
(Señalando la puerta del foro.)
Cierra esa puerta.

Enrique.

(La cierra.) Ya está.

Andrés.

Sin escándalo, sin ruido;
que no se entere, te pido,
nadie.

Enrique.

No se enterará.

Andrés.

(Después de haber cerrado la puerta Enrique.)
Ahora espera mientras yo
registro hasta los rincones
de aquellas habitaciones.
(Señalando las de Emilia.)

Enrique.

¿Tú solo?

Andrés.

Yo solo.

Enrique.

No;
yo también he de ir contigo.

Andrés.

No te impacientes y espera.

Enrique.

Yo he de ser quien...

Andrés.

Haz siquiera
una vez lo que te digo.

Enrique.

No me conformo.

Andrés.

Te mando
que te quedes.

Enrique.

No me quedo,
ni me es posible, ni puedo
estar tranquilo esperando.

Andrés.

Si no haces lo que te pido
no iremos ni tú ni yo.

Enrique.

¿Qué dices?

Andrés.

Que se acabó.

Enrique.

¡Andrés!

Andrés.

Todo ha concluído.

Enrique.

No es posible.

Andrés.

Culpa es tuya.

Enrique.

¿Qué piensas?

Andrés.

¿Qué he de pensar?
¿Crees que le he de dejar
libre el campo para que huya?

Enrique.

¿Le traerás?

Andrés.

(Yendo al cuarto de Emilia.) No temas nada.

Enrique.

Si trata de huir...

Andrés.

Descuida.

(Llega al cuarto de Emilia y trata inútilmente de abrir la puerta.)

Esta puerta... ¡Por mi vida,
que esta puerta está cerrada!

Enrique.

¡Ahí están!

Andrés.

¡Y la han cerrado
por dentro!

Enrique.

¡Ahí, ahí están!

Andrés.

Cállate, que ya saldrán
por fuerza si no de grado.
(Golpeando la puerta.)
Emilia, Emilia... ya todo
Enrique y yo lo sabemos;
abre, que si no abriremos
nosotros de cualquier modo.

Enrique.

Basta de contemplaciones,
que, ante esa puerta humillados,
más que dos hombres honrados
parecemos dos ladrones.

Emilia.

(Grita desde dentro.)
¡Andrés, Enrique, perdón!

Enrique.

¿Has oído?

Andrés.

¡Emilia!

Enrique.

Sí;

¿lo ves, lo ves cómo á mí
no me engaña el corazón?

Andrés.

Abren la puerta.

(Entre Andrés y Enrique se traba reñida lucha; éste queriendo salir al encuentro de Carlos, aquél deteniéndole.)

Enrique.

Su suerte
tengo entre mis manos ..
(Se abre la puerta.) Dame
un arma...

ESCENA XII

ANDRÉS, ENRIQUE y CARLOS

Carlos.

Aquí estoy.

Enrique.

(Detenido por Andrés.) ¡Infame!
Esta misma tarde á muerte;
¿lo has oído?

Carlos.

Sí.

Enrique.

Al caer

el día de hoy. Un amigo
basta y sobra de testigo,
y ese, Andrés lo puede ser.

Andrés.

Eso conforme y según.

Enrique.

¿Qué intentas?

Andrés.

De tan odiosa
y vil conducta, una cosa
me falta saber aún.

Enrique.

¿Qué más deseas?

Andrés.

Te pido
la verdad de cuanto pasa;
por hallarte aquí, en mi casa,
yo soy el más ofendido...
¿soy también el ultrajado?
¿á cuál de los dos afrentas?
Dí la verdad y no mientas;
sé una vez siquiera honrado.

Carlos.

Diré la verdad; debía
y he tratado de ocultarla,

sabiendo que el revelarla
mayor ofensa sería.

Andrés.

Yo de tus actos no quiero
justificación alguna;
te he hecho una pregunta, y una
respuesta es lo que yo espero.
¿Á quién ofendiste? dí.
Habla, ¿por quién has venido?
¿por quién?

ESCENA XIII

ANDRÉS, ENRIQUE, CARLOS y EMILIA

Emilia separa á Carlos de Andrés y Enrique quedando en el centro.

Emilia.

Por mí, por mí ha sido
y solamente por mí.

Enrique.

¡Por ella!

Andrés.

(Á Emilia) Mientes.

Emilia.

No miento;
á mi pesar le quería;
hace tiempo que sentía
por él... (Ap. á Carlos.) aborrecimiento.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

ANDRÉS y ENRIQUE

Enrique sentado y Andrés paseando.

Andrés.

Es hacerle mucho honor
si con él riñes.

Enrique.

(Maquinalmente.) Tal vez.

Andrés.

Con hombres de ese jaez
matarles es lo mejor.
¿Á qué exponer tu existencia
á un mal golpe de la suerte?
¿queda acaso con tu muerte
castigada su impudencia?
Reflexiónalo; yo creo
que no te debes batir.

Enrique.

¡Si tanto anhelo morir
como matarle deseo!
Para cumplir mi venganza
le necesito matar,
y morir para olvidar
este amor sin esperanza.
¡Si aún la adoro!

Andrés.

No lo extraño.

Enrique.

Y más, mucho más me hiere
saber que ya no me quiere,
que su vileza y su engaño.
Fuérame desconocida
su traición, y me mintiera,
con tal que en su amor creyera,
y esto bastaba á mi vida.
¡Feliz el hombre que adora
á una mujer y engañado
es por ella, y confiado
vive y su desgracia ignora!

Andrés.

No sabes lo que te dices.

Enrique.

Como en la fe, en el amor,
la mentira y el error

sustentan almas felices.
¿Es ya hora? (Levantándose.)

Andrés.

¿Todavía
persistes?

Enrique.

¿Qué te has creído?

Andrés.

Que te habría convencido...

Enrique.

¿Convencerme?...

Andrés.

Eso creía.

Enrique.

¿Te hubieras tú satisfecho
con eso sólo quizás?
Lo que diciéndome estás
que yo haga, ¿lo hubieras hecho?

Andrés.

¡Hombre!...

Enrique.

Á venir no te obligo;
si me abandonas también,
adiós; no faltará quien
se preste á ser mi testigo.

Andrés.

No te impacientes.

Enrique.

Estoy
perdiendo el tiempo.

Andrés.

¡Es que tienes
un carácter!...

Enrique.

Si no vienes
me marcho.

Andrés.

Espera, allá voy;
pero...

Enrique.

No gastes palabras.
¿Las pistolas?

Andrés.

(Poniendo la mano sobre una caja de pistolas que habrá sobre el velador de la izquierda.)

Aquí van.

Enrique.

¿Están corrientes?

Andrés.

Lo están.

Enrique.

Veámoslas.

Andrés.

(Impidiéndoselo.) No, no la abras.
¿Qué más se te ocurre?

Enrique.

¿Estás?...

Andrés.

A tus órdenes.

Enrique.

Espera.

Andrés.

¿Deseas algo?

Enrique.

Quisiera
ver á Emilia una vez más.

(Breve pausa, después de la cual Emilia aparece á la puerta de su cuarto sin advertir la presencia de Andrés y de Enrique, que han subido hasta la puerta del foro, en donde permanecen hasta salir de la escena. Emilia avanza hasta el centro, triste y pensativa.)

Andrés.

(Señalando á Emilia.)
Ella acude á tu deseo.

ESCENA II

ANDRÉS, ENRIQUE y EMILIA

Enrique.

Perdida toda esperanza,
más ardo en sed de venganza
y odio, cuanto más la veo.
¡Su infamia no tiene nombre!
(Dirigiéndose á Emilia.)

Andrés.

Ya es tarde. (Deteniéndole.)

Enrique.

Pronto llegamos.

Andrés.

¿Qué intentas? (Deteniéndole.)

Enrique.

(Retrocediendo.) Nada; ahora vamos,
vamos á matar á ese hombre.

ESCENA III

EMILIA y ELENA

Elena.

¿Estás sola?

Emilia.

Sí.

Elena.

¿Ha salido
Andrés?

Emilia.

Sí, ahora.

Elena.

¿Y vendrá
pronto?

Emilia.

No lo sé.

Elena.

¿Quizá
te habrá dicho dónde ha ido?

Emilia.

Nada.

Elena.

¿No sospechas?...

Emilia.

¿Qué?

Elena.

Si volverá pronto.

Emilia.

No.

Elena.

¿Ni á dónde se dirigió
sabes?

Emilia.

Tampoco lo sé.

Elena.

¿Estás más tranquila?

Emilia.

Sí.

Elena.

Eres buena. No merezco
tu abnegación. Yo te ofrezco
sacrificarme por tí.
¿Viste á Enrique?

Emilia.

No.

Elena.

¿Vendrá?

Emilia.

¡Quién lo sabe!

Elena.

Iré á su casa,
le contaré lo que pasa
y todo se arreglará.

Emilia.

¡Á su casa!...

Elena.

Mi conciencia
me lo exige. Lo he pensado,
y borraré mi pecado
con tan dura penitencia.

Emilia.

¿Tendrás valor?...

Elena.

Ya lo creo;
valor es lo que me sobra.
Yo siempre pongo por obra
todo aquello que deseo.

Emilia.

¡Ay, Elena!

Elena.

¡Qué! ¿creías
que sola te ibas á ver,
y que yo podría ser
feliz mientras tú sufrías?

Emilia.

Con creces me recompensas,
pues voy, tras de dolorosa
crisis, á ser más dichosa
de lo que tú misma piensas.

Elena.

Tal deseo.

Emilia.

¿Y cuándo irás?

Elena.

Dentro de breves instantes;
pero... quiero escribir antes
una carta.

Emilia.

¿Tardarás?

Elena.

No tardo; tráeme papel.

Emilia.

Y... si se puede decir...

Elena.

Habla.

Emilia.

¿Á quién vas á escribir?

Elena.

Pues... á Enrique.

Emilia.

¿Á él?

Elena.

Á él.

Si no le hallo...

Emilia.

(Yéndose.) Comprendido.

Elena.

Escucha; ¿no sabes?...

Emilia.

¿Qué?

Elena.

Si Andrés vendrá.

Emilia.

No lo sé.

Elena.

¿Ni tampoco dónde ha ido?

Emilia.

Tampoco lo sé.

Elena.

¡Es extraño
que no sepas!...

Emilia.

Se marchó

no hace mucho; pero, no
dijo dónde. No te engaño.

Elena.

Y... Pero me has de decir
la verdad.

Emilia.

Te la diré.

Elena.

Dí... ¿Cuándo Carlos se fué,
te habló? No vale mentir.

Emilia.

Sí.

Elena.

Y ¿qué te dijo?

Emilia.

Me dijo
que esta misma noche...

Elena.

Acaba.

Emilia.

Para siempre se marchaba.

Elena.

Pero... ¿de fijo?

Emilia.

De fijo.

Elena.

(Ap.) (¡Ya pronto irá á anochecer!)

Emilia.

¿En qué piensas?

Elena.

¿Me has traído
ese papel?

Emilia.

Si aún no he ido,
¿cómo te lo he de traer?

Elena.

Corre, vé, tráemelo al punto.

Emilia.

En seguida.

Elena.

Los instantes
se van pasando, y cuanto antes
quiero ultimar este asunto.
También me harás el favor
de traerte...

Emilia.

Tú dirás.

Elena.

Un paquete que hallarás
lacrado en mi tocador.

ESCENA IV

ELENA Y CARLOS

Carlos.

¡Elena!

Elena.

¡Carlos!

Carlos.

Ven.

Elena.

Dime, ¿qué es esto?
¿qué pasa?

Carlos.

No te asuste mi venida.
Una deuda de honor vengo dispuesto
á pagar con mi sangre y con mi vida.

Elena.

¿Qué dices?

Carlos.

Calumniando su inocencia
Emilia, esta mañana ha defendido,
á costa de su amor y su existencia,
tu nombre para mí siempre querido;
y Enrique, ciego de ira y de coraje,

sediento de venganza é indignado,
devolviéndome ultraje por ultraje
á morir ó á matarle me ha retado.

Elena.

¡Es posible!

Carlos.

Ya la hora señalada
se acerca, y en el sitio convenido,
esperan impacientes mi llegada;
no el miedo ni el temor, que no he sentido
jamás, sino la voz de mi conciencia
mi voluntad un punto ha suspendido.
¿Por qué exponer de Enrique la existencia,
existencia que yo arrebataría
pues la fatalidad es quien me escuda,
cuando tan sólo una palabra mía
puede darle la dicha de que duda?
Pero, ¡ay! que al devolverle yo la calma
comprometer otra existencia puedo,
y ante esta idea se estremece el alma,
tiembla mi corazón y tengo miedo.
Elena, ¿cómo hacer que enamorado
vuelva Enrique otra vez, y que no sienta
el corazón de Andrés desconfiado
la duda que hoy á Enrique le atormenta?
¡Cómo!... Yo no lo sé; pero confío
conseguir con tu ayuda lo que intento.

Elena.

No pensaras así, si como al mío,
animara el amor tu pensamiento,
y anhelases lo mismo que yo ansío,
y sintieras lo mismo que yo siento.

Carlos.

Sólo quiero tu bien; si de otra suerte
pensara, de que te amo dudaría.

Elena.

¿Y pueden el bien de otros y tu muerte,
ser causa de tu dicha y de la mía?

Carlos.

¡Elena!...

Elena.

¿Dudas?

Carlos.

Yo...

Elena.

¿Qué te acobarda?

Carlos.

Que á tu desgracia mi dolor prefiero.

Elena.

¿Y qué felicidad aquí me aguarda?
dí, ¿qué ventura sin tu amor espero?
Tú nunca me has querido, no me quieres,
no me querrás jamás, jamás...

Carlos.

¡Elena!

Elena.

El bien de todos, á mi bien prefieres,
y á mi ventura, la ventura ajena.
Déjame... déjame.

Carlos.

¡Dejarte!

Elena.

Ciego
eres á mi pesar.

Carlos.

¡Eso me dices!

Elena.

Mi voluntad y corazón te entrego;
hadme á mí desgraciada, á otros felices,
y huye después, para olvidarme luego.

Carlos.

¡Dejarte!... ¡huir de tí!... ¡darte al olvido!...
¡hacerte desgraciada!...

Elena.

Eso deseas.

Carlos.

¡Ni lo puedo querer, ni lo he querido,
ni tú misma es posible que lo creas!

¡Yo querer tu desgracia!... ¿Eso dijiste
y no espiró en tus labios el aliento?
Antes que tú, cuanto en el mundo existe
ha de llorar eterno sufrimiento.
¡Olvidarte!... Podrán día tras día,
años y años correr, tierras y mares
separar tu existencia de la mía,
no volvernos á ver, y todavía,
sobre todo los tiempos y lugares,
lo mismo que hoy te quiero te querría.
¡Dejarte yo!... Si lo pensé soñaba;
si lo dije mentí. ¿Yo de tu lado
separarme?... á mí mismo me engañaba.
¿Huir lejos de tí?... no lo he soñado.
¿No verte?... ni aun en sueños lo pensaba!

Elena.

Arráncame de aquí contigo; dame
otra luz, otro cielo y otro ambiente,
y un corazón sincero que me ame;
¡eso basta á mi dicha solamente!

Carlos.

¡Elena!

Elena.

Carlos, hoy...

Carlos.

Sin falta alguna.

Elena.

¿Me quieres?

Carlos.

¡Como nadie te ha querido!

Elena.

Hoy comienzan mi dicha y mi fortuna.

Carlos.

¿Eres feliz?

Elena.

¡Como jamás lo he sido!
Espera.

Carlos.

¿Dónde vas?

Elena.

Se me olvidaba,
pensando en mi ventura y en la tuya,
de que, al irme, la dicha me llevaba
de quien por mí sacrificó la suya.

ESCENA V

CARLOS

Ya mi dicha está cercana
y aún dudo y tiemblo... ¡Alma mía!
decídete, que sería
tarde, muy tarde mañana.
Decídete, pues la hora

pasa veloz y ligera,
entre el amor que me espera
y el afán que me devora.
Mi conciencia y mi deber
han luchado con valor
contra este invencible amor
que al fin me vino á vencer.
Lo que amo no quise amar,
de quien quiero quise huir,
y no puedo conseguir
ni huir de ella ni olvidar.
Sentidos, naturaleza,
sentimientos, simpatía,
todo al amor me impelía
y rindió mi fortaleza.
Lo aspiraba en el ambiente,
lo veía en la fecunda
tierra, y hasta en la profunda
inmensidad transparente;
me nutría su calor,
con mi sangre circulaba;
mis huesos compenetraba
y, á mi pesar, sentí amor.
Cuando en mi acuerdo volví
todo me era de igual modo
adverso y contrario, todo
conspiraba contra mí.
Deber, mundo, sociedad,

leyes, costumbres, creencias...
¡cuántas, cuántas resistencias
tiene la felicidad!
Sociedad, mundo, deber,
leyes, creencias, costumbres,
que sois, siendo pesadumbres,
hoy unos, otros ayer;
vosotros, como obra humana,
vais pasando, vais corriendo,
y cambiáis y mudáis siendo
unos hoy, otros mañana;
mientras que naturaleza
hoy, y mañana, y ayer,
es, ha sido y ha de ser
invariable en su fijeza.
¿Por qué habéis de esclavizar,
siendo cual sois inconstantes,
á lo que ni hoy, ni antes,
ni después ha de mudar?
¿Y he de ser víctima ahora
de cosa tan tornadiza
que lo mismo martiriza
hoy que mañana enamora?
Pues mis días pasarán,
y con otras existencias
nuevas leyes y creencias
en la vida regirán
para volver á morir,

y sólo eterna ha de ser
el alma, que es el querer,
y es el pensar, y el sentir,
sea sólo la libertad
ley que rija el pensamiento,
y que impulse al sentimiento,
y mueva á la voluntad.
Y pues es esta pasión
que de mí se enseñorea
carne y hueso, alma é idea,
sentimiento y sensación,
de amor el corazón vibre;
¿por qué aprisionarlo así?...
deber, te arrojo de mí;
naturaleza, sé libre.

ESCENA VI

CARLOS y EMILIA

Carlos.

¡Elena!

Emilia.

¡Qué atrevimiento!
aparte usted, por favor.

Carlos.

(Ap.) (Iba buscando mi amor
y hallo mi remordimiento.)

Emilia.

¿Usted aquí?

Carlos.

Mi destino
me trajo.

Emilia.

No; su locura.
¿Á qué nueva desventura
viene abriendo usted camino?

Carlos.

Á mí mismo; pues ya veo
que, por una ley fatal,
queriendo el bien, hago el mal
contra todo mi deseo.

ESCENA VII

CARLOS, EMILIA y ANDRÉS

Andrés trae bajo el brazo la caja de las pistolas que á su tiempo deja en el velador de la izquierda.

Andrés.

¡Tú aquí!

Carlos.

Verte deseaba.

Andrés.

¿Qué nueva infamia meditas?

¡Deseas verme y lo evitas!
¿Ignoras en dónde estaba?
¿No sabes que está la entrada
de esta casa prohibida
para tí? Sal en seguida.

Carlos.

¡Andrés!...

Andrés.

No me digas nada.
Sal de aquí; pero te advierto
que Enrique te anda buscando;
pues como yo sospechando
lo que por desgracia es cierto,
es decir, que rehuías
batirte con él, y estabas
en Madrid, y pretestabas
un viaje que no harías;
corriendo de calle en calle
y de casa en casa va.

Carlos.

¡Qué importa!

Andrés.

Y te matará
en donde quiera que te halle.
Sal pronto.

Emilia.

(Interponiéndose.) No puede ser.

Andrés.

¿Qué dices?

Emilia.

Que no.

Andrés.

¿Que no?...
Yo lo mando.

Emilia.

Pues, bien, yo
no te puedo obedecer...
(A Carlos.) Espérese usted.

Carlos.

No espero.

Emilia.

(Deteniéndole.) Carlos.

Andrés.

Déjale salir.
(A Carlos.) Vete.

Emilia.

Cómo he de decir
que no quiero, que no quiero.

(Corre á la puerta del foro y la cierra, conservando la llave.)

Andrés.

¿Qué estás haciendo?

Emilia.

Cerrar
esta puerta.

Carlos.

Desgraciada,
abra usted.

Emilia.

Ya está cerrada;
ya no se puede marchar.

Andrés.

¿Qué te has propuesto?

Emilia.

Impedir
un crimen; ¿no tienes alma?
¿tendrías acaso calma
para dejarle morir?

Andrés.

Pues, si tú aquí le detienes,
más pronto le encontrará.

ESCENA VIII

CARLOS, EMILIA, ANDRÉS y ENRIQUE

Enrique detrás de la puerta del foro, golpeándola cada vez con más violencia.

Enrique.

Andrés... Elena...

Andrés.

(Á Emilia.) Ahí está;
mira cómo le contienes.

Enrique.

Abre, Andrés.

Emilia.

(Á Andrés.) ¡Por compasión!

Carlos.

(Á Emilia.) No ruegue usted, no suplique.

Enrique.

Andrés.

Carlos.

(Á Andrés.) Abre.

Andrés.

(Más alto.) Voy, Enrique.

Emilia.

¡Ah, no tienes corazón!

Andrés.

Dame esa llave.

Enrique.

¿Abrirás?

Carlos.

(Á Emilia.) Désela usted.

Emilia.

No; ¡qué horror!

(Andrés procura arrancársela; Emilia resiste.)

Elena, Elena... ¡favor!

Andrés.

Venga esa llave.

Emilia.

Jamás.

ESCENA IX

CARLOS, EMILIA, ANDRÉS, ENRIQUE detrás de la puerta del foro, y ELENA que sale de su habitación con un paquete de cartas.

Elena.

¿Qué sucede?

Emilia.

¡Enrique, allí!...

Enrique.

Elena, Andrés.

Emilia.

(Á Elena.) Quiere entrar.

Elena.

(Cogiendo la llave que la presenta Emilia.)

Abrid, pues.

Emilia.

Quiere matar

á Carlos.

(Elena se ha dirigido á la puerta del foro, en donde se halla con Andrés.)

Andrés.

(Sorprendido y desconfiado.) ¿Vas á abrir?

Elena.

Sí.

Andrés.

(Señalando á Carlos.)

Si abres, le matas.

Emilia.

No, no abras.

Elena.

Mis palabras....

Andrés.

(Cada vez más desconfiado.) ¿Qué han de hacer?

Elena.

Salvarle.

Andrés.

¿Tienen poder
para tanto tus palabras?

Elena.

Déjame sola.

Andrés.

Sospecho
que, al abrir de par en par
esa puerta, vas á dar
paso á la muerte.

Elena.

(Abriendo.) Ya está hecho.

ESCENA X

CARLOS, EMILIA, ANDRÉS, ELENA y ENRIQUE

Carlos queda á la derecha, primer término; Emilia, Andrés y Elena, que formaban grupo en el foro, al entrar Enrique se separan en la siguiente forma: Elena avanza hacia el proscenio, llevando á Enrique al primer término, izquierda; Emilia les sigue á corta distancia y, Andrés, queda inmóvil en el foro observando atentamente el grupo de Elena y Enrique.

Enrique.

¡Cobarde!

Elena.

Oiga usted.

Enrique.

En cuanto
le mate.

Elena.

Oiga usted.

Enrique.

¡Qué inmenso
placer!... ¡si que le amo pienso
en fuerza de odiarle tanto!

Elena.

¡Enrique!...

Enrique.

Antes á mis pies
he de verle.

Elena.

Unos instantes.

Enrique.

¡Déje usted!

Elena.

Oiga usted antes,
aunque le mate después.

Andrés.

(Ap.) (¡Ese afán!... ¿qué irá á decir?)

Elena.

¿Me quiere usted escuchar?

Enrique.

Si he venido aquí á matar,
sólo á matar, y no á oir.

Elena.

¿Por qué esa ciega porfía?
¿á matar viene usted?

Enrique.

Sí.

Elena.

(Aproximándose á Enrique le dice á media voz.)

Pues máteme usted á mí,
que toda la culpa es mía.

Andrés.

(Ap.) (Baja la voz.)

Elena.

(Ap. á Enrique.) (Han llegado
las cosas á tal extremo,
que, más que mis culpas, temo
el no haberlas revelado.)

Enrique.

Pruebas, pruebas. (En voz alta.)

Andrés.

(Ap.) (Pruebas, dice.)

Elena.

(Ap.) (No grite usted; aquí están;

(Le entrega el paquete de cartas que Enrique abre so bre el velador.)

ellas le revelarán
á usted todo cuanto hice.)

Andrés.

(Ap.) (¡Papeles!... ¡cartas!...)

Enrique.

(Alto.) ¡Qué toco!

Elena.

Vea usted, nunca pensó
Carlos en Emilia.

Enrique.

¡Oh!

Elena.

Ni Emilia en Carlos tampoco.

Enrique.

Emilia.

Elena.

(Ap.) (¡Le salvé!)

(Andrés, desde que vió las cartas ha ido bajando del fo ro al velador, izquierda, en donde se halla frente á frente con Elena, la cual se disponía ya á recoger las cartas.)

Andrés.

(Impidiendo á Elena recogerlas.) Dí,
¿qué dicen estos papeles

que tan luego tan crueles
pasiones calman así?

Elena.

¡Andrés!

Andrés.

¿Qué dicen?

Elena.

¡Dios mío!

Andrés.

¿Qué poder tan milagroso
tienen que pierde el celoso,
leyéndolos, su estravío?
¿Qué hechizo tienen que, á mí,
nada más que con mirar,
me han hecho á su vez dudar
de lo que siempre creí?
¿Qué enigma hay aquí escondido
que, tan pronto y de repente,
hace dudar al creyente
y creer al descreído?
¿Qué dicen? ¿no me respondes?
(Elena trata de ocultar las cartas con su cuerpo.)
¿Qué haces? ¿las vas á ocultar?
¿No ves que eso es revelar
eso mismo que me escondes?
(Apoderándose de las cartas.)
¡Cartas!... ¡más cartas!... ¡papeles

que en humo trueca una llama!
¡venturosos para el que ama,
para quien amó crueles!
¿Y me habrá de condenar
á un eterno padecer
lo que á una luz puede arder
y una lágrima borrar?... (Pausa.)
Una basta. (Coge al azar una carta y la lee.)
¡Ay, alma mía!
¡qué hondos arcanos penetras!
¡ya viste en tan negras letras
la más negra villanía!
(Á Elena.) Tú, á quien yo dí con mi mano
nombre y honra, afecto y vida!
(Á Carlos.) ¡Tú, á quien también sin medida
amé y quise como á hermano!
Venid, llegad un momento
los dos á mí, y, cuando os llame
á tí traidor y á tí infame,
decidme por Dios que miento,
que no es cierto lo que ví,
que estoy loco, que he soñado,
que esas cartas que he tocado
no es verdad que estén allí,
que aún me queréis como yo
os quise, del mismo modo;
sí, sí, decídmelo todo,
pero vuestra infamia no.

(Breve pausa, durante la cual sollosa y vuelve á leer la carta que conserva entre sus manos.)

¡Tal vileza pudo ser!
¡ni lo desmiente ni niega!
¡Maldito el hombre que entrega
honra y vida á una mujer!
(Á Carlos.) ¡Y preso te tengo aquí!
¡cogido en tus mismas redes!

Carlos.

(Adelantándose.)

Si es que con mi muerte puedes
ser dichoso, mata.

Andrés.

Sí.

(Arrojándose sobre la caja de las pistolas.)

Elena.

¡Piedad! (Queriendo contenerle.)

Andrés.

(Rechazándola.) ¿De mí la has tenido?

Elena.

¡Perdón!

Andrés.

(Coge una pistola.)

A quien de tal suerte
deshonra, ni con la muerte
borra el crimen cometido.

Elena.

(No pudiendo contener á Andrés le deja y corre hacia Carlos á quien se abraza.)

Antes herirás mi pecho.

Enrique.

Andrés.

Carlos.

(Procurando separar á Elena, sin conseguirlo.)

¡Yo solo!

Emilia.

¡Qué horror!

Andrés.

(Á Elena.) ¿Te abrazas á él? Mejor;
moriréis juntos?

(Dispara, al terminar la frase, sobre el grupo de Carlos y Elena; esta última cae herida de muerte en los brazos de aquél. Enrique corre hacia Andrés, y Emilia hacia su hermana.)

Enrique.

¿Qué has hecho?

(Carlos, Emilia y Elena forman grupo á la izquierda; Andrés queda á la derecha y Enrique en el centro.)

Carlos.

¡Elena!

Emilia.

¡Dios de clemencia!

Enrique.

La has matado.

Andrés.

No es verdad;
la mató su iniquidad.

Elena.

Me mató tu indiferencia.

Madrid 25 de Agosto de 1882.

Yo pecador.

CUADRO DRAMÁTICO EN UN ACTO Y EN VERSO,
ORIGINAL

Estrenado en el Teatro de la Comedia
el dia 4 de Noviembre de 1896.

PERSONAJES	ACTORES
TERESA.	CARMEN COBEÑA.
PEPITO, niño de 8 á 10 años.	MARÍA VALENTÍN.
RUPERTA, aya de Teresa. .	MARÍA CANCIO.
EMILIO, marido de Teresa.	AGAPITO CUEVAS.

La acción contemporánea, en Madrid.

A la memoria de mi inolvidable amigo, el poeta dramático por excelencia,

D. Antonio García Gutiérrez.

V. Colorado.

ACTO ÚNICO

—

Habitación lujosamente amueblada y decorada.

ESCENA PRIMERA

TERESA, sentada y apoyada de codos sobre un velador, en el que hay una carta abierta, llora cubriéndose la cara con un pañuelo; enfrente de ella está RUPERTA de pie.

Ruperta.

¡Si tienes mucha razón!
pero, también, considera
que llorar de esa manera
y tomar un sofocón
por lo que ya humanamente
no se puede remediar,
hija mía, es aumentar
tu dolor inútilmente.

Teresa.

¡Infame!

Ruperta.

No tiene, no,
perdón de Dios lo que ha hecho.

Teresa.

¡Destrozar así mi pecho!

Ruperta.

Ya te lo decía yo:
vivir cerca de medio año
en plena luna de miel,
sin que te amargue la hiel
siquiera de un desengaño,
no ha sucedido en la tierra
más que con tu matrimonio;
y mira cómo el demonio
vino al fin á darte guerra.

Teresa.

¡Haberme engañado así!

Ruperta.

Pues consuélate si quieres,
porque á todas las mujeres
las sucede lo que á tí.
Los hombres del mundo entero
han sido, serán y son
de la misma condición:
tantas veo cuantas quiero.

Teresa.

¡Yo que tanto le quería!

Ruperta.

¡Y dicen que Eva!... dirán
lo que quieran, pero Adán
la engañó; lo apostaría.

Teresa.

¡Un hijo de otra mujer!

Ruperta.

Y gracias si no es más que esa.

Teresa.

(Alarmada.) ¿Qué dices?

Ruperta.

Nada, Teresa;
es tan solo un suponer.

Teresa.

¡Y sería más hermosa
que yo!

Ruperta.

¡Quién sabe!

Teresa.

De fijo.
Cuando tuvo de ella un hijo...

Ruperta.

Eso no dice gran cosa.

Teresa.

¡Y la amaría!

Ruperta.

Quizás;
mas contigo se casó.

Teresa.

(Sollozando más fuerte.)
Pero sin quererme. No,
no me ha querido jamás.

Ruperta.

Vamos, tú también ahora
sacas las cosas de quicio.

Teresa.

Estoy segura.

Ruperta.

Ten juicio,
y cálmate.

Teresa.

¿Quién ignora
que, de todos, el primer
amor es el verdadero?...
Pues bien, el amor primero
de Emilio, fué esa mujer.

Ruperta.

Un pasatiempo.

Teresa.

No, amor;
pues si pasatiempo fuera,

entonces, de esa manera
sería mucho peor.

Ruperta.

¿Que fuera peor?

Teresa.

Si tal;
porque, sin cariño, hacer
desgraciada á una mujer,
es monstruoso, es criminal.

Ruperta.

Lo que es en esa cuestión
tienen muy poca conciencia
los hombres.

Teresa.

Por experiencia
lo sé yo en esta ocasión.
¡Falso! ya sé que al decir
mil veces que me quería
á mí, y sólo á mí, mentía;
¡y qué bien sabe mentir!
Y el hipócrita, el infiel,
me lo hizo creer de un modo
que antes dudara de todo
que hubiera dudado de él.
¡Oh, humana razón! me admiras,
pues fácilmente persuades

con mentirosas verdades
y verdaderas mentiras.
Mas, le juro á ese malvado
que he de vengarme.

Ruperta.

Ten calma.

Teresa.

He de destrozarle el alma
como él me la ha destrozado.

Ruperta.

Al fin será más el ruido
que las nueces.

Teresa.

No lo creas;
tengo tan malas ideas,
tantas, desde que he leído
esta carta, que has de ver
cosas que te han de llenar
de asombro, y has de dudar
de que yo las pueda hacer.

Ruperta.

Teresa, ten reflexión,
y, antes de dar ningún paso,
comprende que es más del caso
pedirle una explicación.

Teresa.

Nunca.

Ruperta.

Le debes de oir;
acaso se justifique.

Teresa.

Si le dejo que se explique
ya sé lo que hará: mentir.

Ruperta.

No seas exagerada.

Teresa.

Quien hace un cesto hace ciento;
y él las urde en un momento.

Ruperta.

La mujer más desgraciada
de las mujeres serás
si has perdido en él la fé.

Teresa.

Aun la dicha encontraré
en la venganza.

Ruperta.

¿Y qué harás?

Teresa.

¿Qué haré?... lo que Emilio ha hecho.

Ruperta.

No te lleves de la ira.

Teresa.

Mentiré, y, con la mentira,
como envenenó mi pecho,
amargaré su existencia,
no le tendré compasión
y heriré su corazón
para siempre.

Ruperta.

¡Qué demencia!

Teresa.

Y tú me vas á ayudar.

Ruperta.

¿Yo?...

Teresa.

Tú, sí.

Ruperta.

Pero, mujer...

Teresa.

Y vas á decir y á hacer
lo que mande, sin chistar.

Ruperta.

Por Dios, por Dios, hija mía...

Teresa.

Y piensa que, si te niegas
ó me descubres, me entregas
á algo peor todavía;
pues, no lo dudes, haré
lo más bajo y despreciable
por el placer inefable
de decirle: me vengué.

Ruperta.

Ya mudarás de opinión
así que pase el nublado
y te hayas tranquilizado.

Teresa.

No, de tal resolución
nada ni nadie me aparta;
si llegase á vacilar,
fuerzas me había de dar
y odio bastante esta carta
que mi desdicha pregona
con tan raro atrevimiento
que, leyéndola, me siento
con instintos de leona.
Quiero volverla á leer
para sentir el ultraje
nuevamente, y que el coraje
me inspire lo que he de hacer,
(Leyendo.) «Emilio, cuando á tí llegue

»esta carta, ya habré muerto;
»pues al confesor le advierto
»que hasta entonces no la entregue.
»No, no te culpo de nada
»de lo que entrambos pasó;
»tú eras casi un niño, y yo,
»mujer ya, no fuí engañada.
»Te estoy muy reconocida,
»porque me quisiste dar
»tu nombre, y legitimar
»al sér que diste la vida;
»me opuse, porque en conciencia
»tuve la culpa de todo
»y no quise de ese modo
»sacrificar tu existencia,
»tu nombre y tu porvenir
»á una mujer de mi clase;
»pasase lo que pasase
»yo era quien debía huir
»y no volverte á ver más,
»y eso hice. Cuánto he sufrido
»y qué desgraciada he sido
»no lo has de saber jamás.
»Muero, y, en mi hora postrera,
»pienso que me reconviene
»mi hijo, que es tuyo, y no tiene
»quien le ampare, quien le quiera.
»Desde el día que nació

»le tuve lejos de mí,
»y, aunque mil veces le ví,
»nunca madre me llamó;
»era en mí un presentimiento
»el que muy pronto me había
»de morir, y no quería
»causarle ese sufrimiento.
»Como eres bueno y honrado,
»á tu corazón confío
»ese hijo... ¡pobre hijo mío!
»¡qué lágrimas me ha costado!
»Ya sé que le acogerás,
»que has de amarle, ¡cómo no!
»y tú, más feliz que yo,
»á tu lado le tendrás.
»Será digno de tu nombre,
»tuyo todo su cariño,
»y ¡oh, felicidad! al niño
»verás convertirse en hombre.
»Muero con la confianza
»de que he de ser atendida.
»¡Ya puedo dejar la vida!
»Dios te lo premie. Esperanza.»
(Larga pausa.)

Ruperta.

(Secándose las lágrimas y como hablando consigo misma.)

Lo cierto es que la mujer

es capaz de hacer llorar
á un canto.

Teresa.

(Pensativa y á media voz.)

¡La quiso dar
su nombre!

Ruperta.

(Idem.) ¡Eso es padecer!
¡Pobrecilla! ¡Bien pagó
sus culpas y las ajenas!

Teresa.

(Idem, y como tomando una resolución.)

Yo también tengo mis penas;
que él las sufra como yo.

Ruperta.

(Recogiendo un papel del suelo.)

¿Qué dice este otro papel?

Teresa.

(Devolviéndola el papel después de haberlo leído.)

Las señas donde hallarás
á ese... niño.

Ruperta.

¿Yo?

Teresa.

Sí, irás
tú, y ahora mismo, por él.

Ruperta.

Pero...

Teresa.

Le traerás aquí.

Ruperta.

¿Aquí?

Teresa.

Sí, aquí; te lo ruego;
llévale á tu cuarto, y, luego,
vienes á avisarme á mí.

Ruperta.

¡Hija mía!...

Teresa.

¡Y ten cuidado
con decir ni una palabra
á nadie!

Ruperta.

No temas que abra
mi boca.

Teresa.

Por de contado
que tú siempre has de decir
que es cierto lo que yo digo,
y, si atestiguo contigo,
como mienta has de mentir.

Ruperta.

Pero, dí...

Teresa.

Me vengaré.

Ruperta.

¿Qué piensas?

Teresa.

Ya lo sabrás.
Ruperta, jura que harás
cuanto te he dicho.

Ruperta.

Lo haré
sólo por verte contenta.

Teresa.

¿Volverás pronto?

Ruperta.

En seguida.

Teresa.

No me descubras.

Ruperta.

Descuida.
¡Dios no me lo tome en cuenta! (Vase.)

ESCENA II

TERESA, y, á poco, EMILIO que viene de la calle.

Teresa.

¿Conque la ha querido dar
su nombre?... ¿Es decir, que yo
soy su mujer porque no
se quiso la otra casar?
¡Esto es horrible! ¿Hay más hiel
y más vinagre, Dios mío?
¡Aleve! ¡traidor! ¡impío!
¡falso! ¡perjuro! ¡cruel!

Emilio.

¡Vaya un frío!... Está nevando
á todo nevar. (Alegremente.) ¿Qué es eso?
¿no hay un abrazo ni un beso
para mí? (Reparando en ella.)
¡Qué! ¿estás llorando?
¿Qué tienes?

Teresa.

Nada.

Emilio.

Por nada
no se llora. ¿Qué ha ocurrido?

Teresa.

Nada.

Emilio.

Algo habrá sucedido.

Teresa.

No.

Emilio.

Si estás desencajada;
¿tal vez enferma?

Teresa.

No.

Emilio.

Dí,
¿por qué con tal brevedad
respondes á mi ansiedad?
¿por qué te alejas de mí
y vuelves hacia otra parte
tu cara, que ver deseo,
y me niegas lo que veo
cuando anhelo consolarte?

Teresa.

Emilio... (Pausa.)

Emilio.

Sigue.

Teresa.

No, no;
no puedo.

Emilio.

¡Dios mío! ¿es tanta
tu desdicha que te espanta
decírmela?

Teresa.

Sí.

Emilio.

Pues yo
la necesito saber
por lo mismo, porque es mucha;
que si es grande si se escucha,
callada más lo ha de ser.

Teresa.

No me obligues.

Emilio.

Te lo ruego

Teresa.

Mira que te ha de pesar.

Emilio.

Nunca le puede apenar
ver la luz al que está ciego.

Teresa.

Cuando ve su desventura.

Emilio.

Si en la obscuridad la siente,
el mirarla frente á frente
es siquiera una ventura.
Y si, cual dices, de mí
se trata, y la pena es mía,
ya no es pena; lo sería
si se tratara de tí.

Teresa.

¡Ah! no me hables de ese modo,
que es más profundo el dolor
que siento, si con amor
te oigo contestarme á todo.

Emilio.

¿Qué es lo que dices?

Teresa.

Prefiero
oirte que no me quieres.

Emilio.

¿Estás loca? ¿que prefieres
que diga que no te quiero?
Pues, aunque hayas de enojarte,
nunca tal cosa has de oir,
porque ni acierto á mentir
ni puedo dejar de amarte.

Teresa.

¿Estás seguro en rigor
de que me quieres?

Emilio.

Teresa,
esa sí que es pena, esa,
que no tengas fe en mi amor.

Teresa.

Si es ó no tu amor verdad,
pronto lo vamos á ver.

Emilio.

Haz cuando quieras hacer
la prueba. Sin vanidad
te aseguro desde ahora
que hallarás en mí un esposo
complaciente y cariñoso
que con el alma te adora.

Teresa.

Puedes sentarte si quieres.

Emilio.

Junto á tí.

Teresa.

Preferiría
tenerte á distancia mía.

Emilio.

Sea, si tú lo prefieres. (Pausa.)

Teresa.

No sé si has oído hablar
de mi primo Pedro.

Emilio.

Sí;
á tu pobre padre oí
muchas veces relatar
sus extrañas aventuras,
su carácter novelesco,
soñador, caballeresco,
y sus mil y una locuras;
y que al fin, sino es infiel
mi memoria, á hacer fortuna
fué á América, sin que ni una
noticia haya habido de él.

Teresa.

(Después de un momento de vacilación.)
Pues bien, mi primo (mucho antes
de que yo te conociera),
que tenía á su manera
cualidades relevantes,
como dijiste hace poco,
se prendó de mí.

Emilio.

(Intranquilo.) Eso no
lo oí contar.

Teresa.

Y me amó
como él era, como un loco.

Emilio.

(Contrariado.) Lo compredo; tu belleza,
tu bondad y tus encantos,
¡habrán en la vida á tantos
hecho perder la cabeza!

Teresa.

Aunque eso fuera evidente,
que no lo es, mi corazón
ha sido, sin excepción,
con todos indiferente...
menos con mi primo.

Emilio.

(Tragando saliva.) ¡Ya!

Teresa.

(Después de una pausa y hablando lentamente.)
Le veía con frecuencia,
y, joven, sin experiencia
del mundo, dicho se está
que al cabo me impresioné;
me habló un día de su amor
con la vehemencia y calor
que acostumbraba... y le amé.

Emilio.

¡Es extraño!... no te he oído
de tal cosa hablar jamás,
y acaso recordarás
que, antes de ser tu marido,
en coloquios muy felices,
siendo novios todavía,
me dijiste cierto día
lo contrario que hoy me dices.
«Eres tú mi amor primero,
»jamás un novio he tenido,»
me dijiste, «ni he querido
»á nadie como te quiero.»

Teresa.

No estoy muy segura...

Emilio.

(Indignado.) ¿Qué?

Teresa.

Sí, lo diría quizás;
pero escúchame y sabrás
porqué hasta hoy te oculté
esta verídica historia.
Como dije... ¿En qué quedamos? (Pausa.)
¡Ah, ya!... en que nos amamos
mi primo y yo, ¡qué memoria!
Tú ya sabes que perdí,
siendo aún muy niña, á mi madre,

y con Ruperta y mi padre
únicamente viví,
que era tanto como estar
siempre sola; pues de día,
con mi padre, se sabía
que era imposible contar;
y Ruperta, que llevaba
por entonces todo el peso
de la casa, con esceso
en libertad me dejaba.

Emilio.

Conmigo eso no ocurrió.

Teresa.

Por todas estas razones,
tuvimos mil ocasiones
de vernos mi primo y yo
sin tener ningún testigo.

Emilio.

Concluye pronto, Teresa;
te lo ruego.

Teresa.

¿Te interesa
la historia?

Emilio.

Mucho.

Teresa.

Prosigo. (Pausa.)

Corrieron días dichosos
y gratos para los dos;
días...

Emilio.

Suprime por Dios
detalles tan enojosos.

Teresa.

(Bajando la cabeza, y cada vez hablando con más lentitud.)

Fuí inesperta y confiada;
y al fin llegó á suceder
que, aunque feliz, vine á ser
la mujer más desgraciada.

Emilio.

¿Qué dices?

Teresa.

Haber callado
es mi crimen; soy, si quieres,
la más vil de las mujeres.

Emilio.

No lo creo.

Teresa.

Te he engañado.
No, no contengas la ira
y mátame; aquel amor
fué mi vergüenza mayor.

Emilio.

Eso es mentira, mentira. (Pausa)

Teresa.

Pedro acaba de morir,
y confía á mi cuidado
un hijo que hoy á mi lado
y á esta casa ha de venir.
Decíde pues lo que creas
más conveniente y lo haré;
mas no te extrañes de que
venga ese niño, y le veas.

ESCENA III

EMILIO

Estoy seguro de que es
falso todo lo que ha dicho;
no, no hay un ser tan malvado
y tan perverso, Dios mío,
que, teniendo el alma de ángel,
supere al demonio mismo.
Mas, si el corazón me engaña,
si llego á hallar un indicio,
una prueba de que es cierto
lo que á creer me resisto,
¡ah! yo la juro que, entonces,
la venganza y el castigo

serán tan grandes, tan grandes
como su infame delito. (Vase.)

ESCENA IV

RUPERTA en traje de calle, y, á poco, TERESA

Ruperta.

¡Vaya un modo de nevar!
Y yo con el pobre niño
por esas calles de Dios
sin dar en todo el camino
con un coche ni un tranvía;
¡así viene el pobrecico
con su ropilla de lana
temblando y muerto de frío!
(Llamando á media voz desde la puerta del cuarto de Teresa.)
Teresa. Teresa.

Teresa.

¿Qué?
¿le trajiste?

Ruperta.

Le he traído.

Teresa.

¿Está en tu cuarto?

Ruperta.

En mi cuarto.

Teresa.

Pues tráele.

Ruperta.

¿Ahora?

Teresa.

Ahora mismo.

Ruperta.

Por Dios, Teresa, hija mía,
dile la verdad á Emilio,
porque si cree otra cosa
va á hacer algún desatino.

Teresa.

Pues eso quiero: que rabie,
que sufra mucho, muchísimo,
que se desespere y sienta
crueles y hondos martirios
para que, por su dolor,
llegue á comprender el mío.

Ruperta.

¿Y si hace algún disparate?

Teresa.

No me importa. Tráeme el niño.
(Vase Ruperta.)

ESCENA V

TERESA

Ahora empiezo á comprender
la insufrible iniquidad
que pesa en la sociedad
sobre la débil mujer.
El hombre se diviniza,
es libre, se llama el rey
del mundo, nos da la ley,
nos manda y nos tiraniza.
Exige que sean buenas,
y esclavas de sus deberes,
sus hijas y sus mujeres...
y pervierte á las ajenas.
Si á nuestro amor es traidor
el hombre no se deshonra,
pero nosotras la honra
perdemos con otro amor;
y no habrá quien me convenza
de que merece esa gracia
quien causa nuestra desgracia
ó nuestra eterna vergüenza.
Hoy á mí llega sin nombre,
huérfano, enfermo quizá,
ese niño, que será
otro tirano cuando hombre;

le crió con amargura
y sin honra una mujer,
y ahora le va á recoger
otra mujer sin ventura.
Así con dolor, nosotras,
la vida al hombre le damos,
y con amor le criamos
para ser verdugo de otras;
al nacer, sin compasión
nuestras entrañas desgarra,
y, cuando es fuerte, la garra
clava en nuestro corazón.

ESCENA VI

TERESA, PEPITO y RUPERTA

Ruperta desde la puerta del foro, reprendiendo cariñosamente al niño.

Ruperta.

¿Un hombre como tú, llora
porque está solo? ¿qué es eso?
¡Llorar!... Anda, dala un beso
y un abrazo á esa señora.

Teresa.

Vamos, acércate á mí.

Ruperta.

¿Oyes?

(Pausa. Ruperta lleva al niño hasta donde está sentada Teresa y la dice á ésta.)

Es muy vergonzoso.

Teresa.

(Cogiendo entre las suyas las manos del niño.)

¿Tienes miedo?

(El niño dice que sí moviendo la cabeza.)

¿Y de qué, hermoso,
tienes miedo?

Pepito.

(Con cortedad.) De que sí.

Teresa.

(Á Ruperta.) Déjame sola con él.

Ruperta.

¿Y si sale?...

Teresa.

Pues que salga.
Retírate.

Ruperta.

¡Dios nos valga
y el arcángel San Gabriel! (Vase.)

ESCENA VII

TERESA y PEPITO

Teresa.

¿Cómo te llamas?

Pepito.

Pepito.

Teresa.

Dime, ¿sabes leer?

Pepito.

Sí;
la o es redonda, la i
tiene un punto, y la a un rabito.

Teresa.

¿Quiéres estar de pie, ó quieres
sentarte?

Pepito.

Sentarme.

Teresa.

Ven,
te sentaré aquí.

(Pausa. Le sienta á su lado.)

¿Estás bien?

Pepito.

Sí.

Teresa.

Cuéntame de dónde eres
y te daré golosinas.

Pepito.

Pues de un pueblo que es el mío,

que tiene árboles, y un río,
y en las calles hay gallinas.

Teresa.

¿Y qué haces allí?

Pepito.

Jugar
con los charcos cuando llueve,
en invierno con la nieve,
y, en el verano, á nadar.

Teresa.

¿Con quién estabas?

Pepito.

Estaba
con la Rita, una mujer
que me daba de comer,
me vestía, y me pegaba.

Teresa.

Serías en ocasiones
muy malo, y te pegaría.

Pepito.

Soy bueno; pero rompía
la blusa y los pantalones.

Teresa.

Y esa Rita, ¿era tu madre?

Pepito.

No lo era.

Teresa.

¿La has conocido
alguna vez?

Pepito.

No he tenido
nunca ni madre ni padre.

Teresa.

¿De modo que la Rita era
toda tu familia?

Pepito.

Sí;
pero también conocí
á una mujer forastera
que, al pueblo, de vez en cuando
iba á verme; y me llevaba
vestidos; y siempre estaba
muy flaca, y siempre llorando.

Teresa.

¿Qué te decía?

Pepito.

«Querido
»pronto dejaré de verte...»
y me abrazaba muy fuerte,
con besos de mucho ruido.

Teresa.

Pero, volvía.

Pepito.

Volvía
otra vez, al pueblo, andando;
siempre llorando, llorando,
y más flaca cada día. (Pausa.)
Y al fin no volvió; su mal,
según la Rita dijo, era
muy grave, y la forastera
se murió en el hospital.

Teresa.

¿Y tú la querías?

Pepito.

Sí;
porque era buena, y me daba
juguetes con que jugaba,
y me quería ella á mí.
¿Llora usted?

Teresa.

(Hablando consigo misma.)

A mi pesar
se me están saltando ahora
las lágrimas.

Pepito.

(Muy conmovido.)

Si usted llora

yo también voy á llorar.

Teresa.

No, no; es que tengo irritados
los ojos.

Pepito.

A mí la Rita
el mal de ojos me lo quita
con agua y sal, bien lavados.
Pruebe usted.

Teresa.

¿Y qué pasó
luego?

Pepito.

Nada; que me dijo
entonces la Rita: – «Hijo,
»ya todo esto se acabó;
»mañana iremos de aquí
»á la corte, á conocer
»á tu padre, para ver
»qué es lo que hacemos de tí.»

Teresa.

¿Te alegraste?

Pepito.

¡No que no!
fué muy grande mi alegría;
y más cuando al otro día

la Rita me despertó
antes de que el sol saliera,
me puso de toda gala
y nos fuímos, hala que hala,
los dos por la carretera
arriba, juntos, y bien
cogido yo de su mano,
hasta un pueblo que hay cercano
y por el cual pasa el tren.

Teresa.

¿Y nada más?

Pepito.

Nada más;
hace cosa de una hora
fué á buscarme esa señora,
aquí me trajo...

Teresa.

¿Y quizás
creíste que aquí á tu padre
ibas á ver?

Pepito.

Lo he creído.

Teresa.

¿Y á la Rita no has oído
hablar nunca de tu madre?

Pepito.

Nunca.

Teresa.

¿Y á la forastera?

Pepito.

Tampoco; pero yo creo
muchas veces que la veo,
que me llama, y que me espera.

Teresa.

¿Tal vez se parece á mí?

Pepito.

Sí, en todo, precisamente;
pero es usted diferente
en una cosa.

Teresa.

¿En qué? dí.

Pepito.

(Medio llorando.)

En que cuando yo á mi lado
veo á mi madre, y la escucho,
me besa y me abraza mucho...
y á mí usted no me ha besado.

Teresa.

(Hondamente conmovida y llorosa, le estrecha entre sus brazos y le cubre de besos al mismo tiempo que aparece Emilio en la puerta de su despacho.)

¡Hijo mío!

Pepito.

¡Qué alegría!
¿será verdad?

Teresa.

Sí; desde hoy
he de hacerte ver que soy
una madre.

Pepito.

(Abrazándola.) ¡Madre mía!

ESCENA VIII

TERESA, PEPITO y EMILIO

Emilio.

¿Su madre? ¿tú?

Teresa.

Sí.

Emilio.

¿Eso dice?

Teresa.

(Que tiene á su izquierda al niño, y á la derecha, á distancia, á Emilio.)
Ven y estréchale en tus brazos.

Emilio.

(En un grito de dolor.)
¡Me estás haciendo pedazos
el corazón!

Teresa.

(Se llega á Emilio y llevándole al extremo opuesto de donde está el niño le dice conteniendo el llanto.)

Si eso hice,
fué para que comprendieras

en tu falsa desventura,
¡cuánta hiel, cuánta amargura
no tendrán las verdaderas!

Emilio.

No te entiendo.

Teresa.

(Dándole la carta que guardó en su bolsillo.)

Lee; así
lo comprenderás.

Emilio.

(Después de leer rápidamente la carta.)

¡Perdón!

Teresa.

(Llorando.)

¿Quién, quién tiene el corazón
hecho pedazos aquí?

Emilio.

Serás feliz...

Teresa.

Con vosotros.

(Echando al niño en los brazos de su padre.)

Abraza á tu padre.

Emilio.

(Abrazándole.) ¡Hijo!

Teresa.

(Levantando los brazos y los ojos al cielo.)

Bendigamos al que dijo:
«Amaos unos á otros.»

Madrid 14 de Septiembre de 1896.

INDICE

Páginas.

Carta de D. Pedro Antonio de Alarcón. 5
Crítica de D. Manuel Cañete.. 13
De carne y hueso, drama.. 31
Yo pecador, cuadro dramático.. 181

PRECIO: **3 pesetas.**